La Casa de Linajes
ó
Las Bellas Vecinas

Cruz

THE LIBRARY OF THE
UNIVERSITY OF
NORTH CAROLINA

presented by

Thelma V. Thompson

862
C95sd

This **BOOK** may be kept out **TWO WEEKS ONLY,** and is subject to a fine of **FIVE CENTS** a day thereafter. It is **DUE** on the **DAY** indicated below:

[illegible] 60B		

RAMÓN DE LA CRUZ

SAINETES DESCONOCIDOS

1.ª Serie

EDITORIAL IBERO-AMERICANA
MADRID: Desengaño, 9, 11 y 13
BARCELONA: Valencia, 209

James M. Smith

ORO VIEJO Y ORO NUEVO

IV

Antonio Viladot, Impresor.—Universidad, 56, Interior.—O 2620

CRUZ CANO Y OLMEDILLA, RAMÓN
FRANCISCO DE LA

DON RAMÓN DE LA CRUZ

SAINETES DESCONOCIDOS

(Primera Serie)

LA CASA DE LINAJES Ó LAS BELLAS VECINAS.—SORIANO LOCO.—EL OFICIAL DE MARCHA.—LOS PANDEROS.—LA FUNCIÓN COMPLETA.—LA BOTILLERÍA.

EDITORIAL IBERO-AMERICANA

MADRID
Desengaño, 9, 11 y 13
LIBRERIA

BARCELONA
Calle Valencia, 209
BAJOS

LA CASA DE LINAJES

ó

LAS BELLAS VECINAS

INTERLOCUTORES

TÍA TERESA.	JUANILLA.
PEPA.	PAJE.
TÍO PACHÓN.	CECILIA.
CRESPILLO.	LAVANDERA.
CRIADA.	MUCHACHO.
PETIMETRE 1.°	AGUADOR.
PETIMETRE 2.°	ALBAÑIL.
SEÑORA.	UNA MUJER.
DON FÉLIX.	ALGUACIL.
CASERO.	MOZO DE ESQUINA.

Calle con dos puestos de castañeras que serán PEPA *y* TÍA TERESA: *un zapatero de viejo,* TÍO PACHÓN, *á una puerta, y en la casa donde se figure cédulas á las ventanas; cantan soplando la lumbre, y* CRESPILLO *sale á la mitad y hace señas al zapa-*

854716

tero, que deja encargado el puesto á un MOZO DE ESQUINA, *quien se andará paseando; en acabando pasan dos militares soplados.*

Seguidillas á duo

Pepa y Teresa. Castañitas baratas
gordas y buenas,
calentitas, y dulces
como camuesas.
¡Ah! petimetres,
¿quién por poco dinero
no come y bebe?

Pachón. Presto, que tengo que echar
cuatro ó cinco medias suelas,
y es día de recoger
el puesto antes que anochezca.

Cresp. De manera ¿entiende usted?
y, ya se ve, de manera,
que si usted no está despacio,
y dice que está de priesa,
yo tampoco, tío Pachón,
quiero que usted por mí, pierda
su jornal, que cada uno
está á tomar lo que venga,
y primero es lo primero,
que el que tiene una peseta
la tiene, que el que no, suele
las más veces no tenerla.

Pachón. Pero, hombre ¿qué quieres?

Cresp. ¡Quiero
tantas cosas!
Pachón. Dí la idea
que traes, en pocas palabras.
Cresp. Larga no es. ¡Si usted supiera
las vueltas que yo le he dado
antes de que aquí viniera!...
Pero no tiene remedio;
mi tía la besuguera
de la Red, me dijo, dice:
Crespillo, antes que te metas
en ello, trata el negocio
con un hombre de conciencia
y carácter, y yo entonces
dije, digo, pues aprieta
manco, y al tío Pachón,
que al fin y postre se precia
de sabiondo, y él es hombre
que está criado á una puerta
de calle, y sabe muy bien
lo que es el mundo y las hembras;
conque ¿usted me entiende? usted
dígame como si fuera
yo su hijo y usted mi padre,
y podría ser á tuertas
ó á derechas ¿no es verdad?
Pachón. Hombre, di, no te detengas.
Cresp. Usté ha de decir; si estoy
esperando la respuesta.
Pachón. Pues tú me has dicho del caso

algo para que lo entienda?

Cresp. ¿Pues qué es menester decirlo
yo para que usted lo sepa?

Pachón. Ya se ve.

Cresp. Pues de ese modo
lo adivinará cualquiera.

Teresa. Yo quiero saber, señores,
qué conversación es esa.

Pachón. Si no acaba de explicarse...

Cresp. ¡Por Dios! No diga usted á esta
nada de lo que yo iba
á decirle.

Teresa. ¿Por qué dejas
el trabajo tan temprano?
Marcha otra vez á la tienda;
no espere el maestro, y yo
juro que luego que seas
marido de mi hija, ya
holgarás el día de fiesta,
y eso según y conforme.

Cresp. Antes es ver si con ella *(Ap.)*
yo me según y conformo.
Tío Pachón, á la otra acera
aguardo á V. de aquí á un rato.

Pachón. Bien.

Cresp. Cuidado con las señas,
que yo buscaré ocasión
que su madre no nos vea.

Teresa. ¿Qué dices? ¿Qué dices?

Pachón. Nada;

que cuántos días de fiesta
trae la Pascua.

Teresa. Los bastantes,
para que en ella se puedan
correr las monestaciones.

Cresp. ¿Lo ve usted claro? Sí; ellas
corran, que yo bien seguro
es que vaya á detenerlas. *(Vase).*
(Sale una CRIADA *con un par de zapatos de seda colorados).*

Criada. Tío Pachón, que dice mi ama
que le eche usté un par de piezas
curiosas á estos zapatos;
y que si tiene usted puercas
las manos, que se las lave
para no emporcar la tela,
que es de París.

Pachón. Oye, chica,
¿te ha dado que me trajeras
el dinero de las tapas
del otro día?

Criada. ¡Qué priesa
corre! Dice su merced
que usted llevará la cuenta.

Pachón. Pues vé y dila que no hay
libro de caja en mi tienda,
como en la calle Mayor,
y que yo tengo muy negras
las manos, de los cerotes,
y mancharé la griseta

que esta compostura es digna
del primor de una batera.

Teresa. ¡Digo, digo! Pues el par
de zapatos, si se ferian,
ya valen cualquier dinero.

Criada. Mire usted que de aquí á media
horita vuelvo por ellos.

Pachón. Para que volver no tengas
llévatelos de camino.

Criada. Es necesario, por fuerza,
que usted los componga; sobre
qùe es mañana el día de fiesta
que es, y no tiene otros buenos
para ir á la comedia.

Pachón. Si estos son buenos ¡qué tales
que serán los que le quedan!

Teresa. Para ir á misa, supongo
que no la harán falta.

Criada. ¡Ea!
¿Los toma usté ó no los toma?

Pachón. No los tomo, que está llena
la esportilla de obra, y quien
antes paga, antes le sueltan.

Criada. Yo le diré á mi ama que
le harte á usted de desvergüenzas.

Teresa. Dile á tu ama que si á mí
la media bata me presta
mañana, para una boda,
la prestaré unas chinelas
de baldés, alimonadas

que tengo allí en una cesta.
Criada. No se pone mi ama tales
porquerías. ¡Qué indecencia! *(Vase)*
Pachón. El par de zapatos, sólo
necesitaba una pieza
desde la punta al tacón.
Teresa. En yendo lo que se vea
tal cual, lo demás importa
muy poco á las ptimetras.
(Salen dos PETIMETRES)
Teresa y *Pepa. (Cantan).*
¡Ah petimetres!
Enjertitas y dulces,
gordas, calientes.
Pet. 1.° ¿Nos dan un par de cuartitos
de castañas?
Pepa. ¡Y qué bellas
y qué calientes las tengo!
¿Cuántas echo? ¿Una peseta
para entrambos? ¡Pues qué menos!
Pet. 2.° No tenemos plata suelta.
Pepa. Aunque sea una pieza de á ocho,
trocaré yo, que se ofrezca,
ó las llevarán de balde;
no se asusten. ¡Vaya! Venga,
venga un pañuelo en qué echarlas.
Pet. 1.° Irán en las faltriqueras.
Pet. 2.° O en las manos, sobre que
sólo es ganas de que vendas
este par de cuartos más.

Pepa. Yo estimo á ustedes que vengan
á dejar esa ganancia,
antes que á otras, á mi tienda.
Ahí van; venga ese dinero.

Pet. 2.° ¿Cuántas das? ¿Media docena
al cuarto?

Pepa. Me equivoqué,
que había de dar cinco; vuelvan
ustedes una cada uno.

Pet. 1.° Muchacha ¿tienes conciencia?

Pepa. Y limpia como una plata.

Pet. 2.° Que dé otras tantas ó deja
sus castañas, que allí hay otra.

Pepa. Vayan ustedes á aquélla
que las vende más baratas.

Ellos. ¡Ya se ve que iremos!...

Teresa. Pepa...
¿Qué es eso?

Pepa. Estos parroquianos,
que no es fácil que se avengan
conmigo, y han conocido
que usté es mujer más dispuesta
á su genio. Ahí va esa ganga,
despáchela usted, y cuenta
que la ganancia es partible.

Teresa. ¡Mujer, si tú eres tremenda!
y no tienes aquél para
tratar con prosopipea
la gente de posición.
Pídanme á mí lo que quieran

verán como los despacho.

Pet. 1.° Si es sólo una friolera;
dos cuartitos de castañas.

Teresa. ¿Y qué? Cada uno merca
lo que quiere y lo que puede.

Pet. 2.° Peladas.

Teresa. Las manos quietas.
que se les quita la flor.

Pet. 1.° ¿Pues acaso son ciruelas?

Teresa. Son castañas; vengan esos
cuartos y hasta la primera.

Pet. 2.° ¡Jesús qué pocas!

Teresa. Por poco
dinero, poca manteca.

Pet. 1.° Y te ha dado las peores.

Teresa. También yo malo con güeno
las compro en el peso. Pepa...

Pepa. Deles usted media hanega
por ocho máis.

Teresa. Y un pan
candial, y un par de botellas
de moscatel rico para
que no se ahoguen con ellas.

Pepa. Miren que planta, y por dos
castañas arman pendencia
con dos mujeres de forma.

Pet. 1.° Vámonos que nos afrentan,
hombre...

Las dos. Vuélvanse de aquí
á un rato por las que quedan;

se las tendremos mondadas.

Los dos. ¡Fuego de Dios con sus lenguas!

Teresa. Hombres hay que es un dolor
que coman pan de Vallecas.

Pepa. ¡A mis castañas, que están
calentitas y muy tiernas!
(Salen Señora y Don Félix).

Señora. También allí hay otra casa,
aunque parece pequeña,
desalquilada, Don Félix.

Félix. Si queréis, vamos á verla.

Señora. Sí; ved quién tiene las llaves.

Félix. Dígame usted, castañera...

Pepa. Pregunte usted, Don Cortejo...

Señora. Sea un poco más atenta.

Pepa. Si el cortejo es porquería,
perdone por la llaneza,
pero si el señor me llama
por el oficio, yo es fuerza
responda por el que veo
que ahora tiene.

Señora. ¿Cuánto renta
aquel cuarto?

Pepa. Diez doblones.

Señora. Es cuarto de gentezuela;
no nos cansemos en verle.

Félix. ¡Señora!... ¿Pues cuántas piezas
tiene?

Pepa. *(Ap.)* ¿Señora? ¡Qué risa!
(Alto). Tiene su sala, su alcoba,

una cocina muy buena
con otra pieza detrás
y un poquito de despensa.

Señora. ¿Y no tiene gabinete?

Pepa. Sí, señora; allá en la mesma
cocina tiene á un ladito
su gabinete de media
vara, con su canapé
de palo y su chimenea.

Señora. Tenga un poco más de modo.

Teresa. ¡Mujer, que con todas pegas
al instante! Señorita
la habitación no es de aquellas
grandes, pero es muy pulida;
vengan ustedes á verla
que aquí tengo yo las llaves.

Félix. ¿Y quién ha vivido en ella?

Teresa. Quien la ha pagado ó se fué
sin pagarla.

Señora. Es que no fuera
razón que yo me mudara
sin saber si tiene buenas
vecindades.

Teresa. Ya se ve
que usted, desde media legua
está goliendo á señora;
mas si el cuarto le contenta
múdese sin el menor
escrúpulo, porque en ella
no hay más vecinos que dos

cuartos principales cerca
del suyo; otros tres segundos,
cuatro terceros, tres tiendas,
seis guardillas, y tres altos
de corredores que encierran
cuarenta y cinco vecinos;
pero toda es gente quieta.

Félix. Pues de ese modo esta casa
es más lugar que Vallecas.

Señora. ¡Jesús! Vámonos, Don Félix
¿Cómo es fácil que viviera
entre tanta vecinilla
una mujer de mis prendas?

Pepa. ¿Vecinillas? Una que hubo
la echamos á la Galera,
porque en la casa toda es
gente probe, pero honesta.

Teresa. Por verla nada se pierde.
Bartolo... ten aquí cuenta
y arrecoje luego el puesto *(al moz*

Pepa. Justamente ese que llega
es el casero.

Casero. ¡Don Félix!
¿Qué hay en que serviros pueda
por este barrio?

Félix. He salido
con esta dama, que intenta
mudarse, á ver algún cuarto,
y reparando en aquella
cédula quiso informarse.

Casero. Además de que lo hiciera
por vos, por esa señora
se hará cuanto la convenga
y guste de obra en el cuarto.
Vamos á verle.
Señora. Esta buena
mujer, dice que es muy chico
y que hay más de setecientas
vecindades en la casa,
y esto será una ginebra.
Yo os lo estimo, mas no quiero
que toméis esa molestia.
Casero. Aquí, señora, no hay otra
vecina mala sino ella,
que es capaz de deshonrar
medio mundo con su lengua.
Pero yo pondré remedio.
Teresa. Poco á poco...
Casero. Vengan, vengan
esas llaves, y mañana
si en todo el día no deja
su cuarto desocupado,
yo la plantaré á la puerta
de la calle, ó en la calle
los trastos.
Teresa. ¿Va eso de veras?
Casero. Ya lo verá. Señorita,
seguidme, que yo quisiera
fuese el Alcázar del Sol
el cuarto.

Señora. La atención vuestra
estimo.
Félix. Si le agradare
ya nos haréis conveniencias.
Casero. Yo á las hermosas alquilo
mis cuartos en lo que quieran.
(Vanse los tres).
Pepa. Eso tiene mi casero,
que á los probes les aprieta
en cumpliéndose los meses,
ó les vende la espetera;
pero á las mozas bonitas
jamás les pide la renta
de los cuartos, y toditos
los días se le blanquea.
Teresa. Déjale, déjale: yo
le ajustaré la gorguera.
Bartolo, arrecoje el puesto,
que le he de armar una, y güena.
Pepa. Mujer, la culpa es de toda
la vecindad que se queja
de ti.
Teresa. ¡Pues vaya, que yo
soy de las que cuando truenan
se asustan! Como me aticen
todos han de salir fuera
de la casa, sino yo.
Al que le pique la pierna
que se la rasque ¡Caramba!
¡Qué par de cuartos de especia!

Pepa. ¡Calentitas! Yo no quito
mi puesto hasta que anochezca.
(Sale CRESPILLO: *al bastidor).*
Cresp. ¡Chist, chist! Tío Pachón.
Pachón. Ya voy,
en acabando esta pieza.
Cresp. Ya la acabará usted.
Pachón. Vaya...
ven, que yo con las orejas
no trabajo, y de este modo
haré á un tiempo dos haciendas.
Cresp. Pues vámonos más adentro
del portal.
Pachón. Donde tú quieras.
Pepa. El esparterillo, yerno
en cierne de la Teresa,
parece que anda asustado.
Pachón. ¿Y sobre qué es la materia
que traes?
Pepa. Sobre que es la novia,
mucho peor que la suegra.
Pachón. Aun no es tarde.
Cresp. Pues por eso
vengo á buscar quién lo entienda.
Los dos. Vamos dentro del portal *(Vanse)*
Pepa. Yo también, antes que venga
mi marido del trabajo,
voy á disponer la cena. *(Vase).*

MUTACIÓN DE CASA POBRE

A las figuradas puertas, á una estará JUANILLA *hablando con un* PAJE *de capa; á otra estará* CECILIA *cosiendo, y á otra la* LAVANDERA *lavando en un barreño. Habrá otra puerta cerrada. Canta la* LAVANDERA *cualquiera seguidilla ligera con la orquesta.*

Paje. ¿Con que te casas, Juanilla?
¿Y qué tales conveniencias?
Juan.ª Un oficial de espartero.
Paje. Pues, mujer, ¿y qué te lleva?
Juan.ª Casarme; pues aunque el probe
por ahora no me mantenga
de todo, dice mi madre
que ayudará en lo que pueda,
y yo también sé ganar
la vida si hago calceta.
Paje. Bien. Y sobre todo, chica,
mi ración cuenta con ella,
que basta hayas sido más
de un año mi compañera.
Cecilia. Chica, ¿qué trapos son esos
que lavas?
Lavand. ¡No es mala esa!
¿Trapos? Y es la camisola

que para las fiestas recias
tiene uno de los mayores
petimetres que pasean
la calle Mayor y el Prado.

Cecilia. Para espantar una higuera
no es mala.

Lavand. Lo que se ve
no es malo, que son las vueltas.
(Sale un muchacho con cartapacio)

Much. ¡Loado sea Dios!

Juan.ª Por siempre.
¿Sales ahora de la escuela?

Much. De donde me da la gana.
¿Oyes? ¿Hay pan en la cesta?

Juan.ª ¡Qué sé yo! Ya verás luego
con madre la que te espera.

Much. ¡Que se me da á mí! *(Se entra).*

Juan.ª Ese chico
es mi hermano.

Paje. Linda pieza
parece.

Juan.ª Pues es muy hábil
para cualquier diligencia.
Ya lo verá usted. Pepillo...

Much. *(Sale).* ¿Qué quieres?

Juan.ª Vete á la puerta,
y si el Crespillo ó mi madre
vienen, avisa.

Much. Pues vengan
dos cuartos para cerilla.

Juan.ª No tengo.
Much. ¿No? Pues por esta
que le he de decir á madre
aquello.
Juan.ª Cuando los tenga
te los daré.
Much. Pídelos
al señor.
Juan.ª ¡Qué desvergüenza!
Paje. No tal: tómalos, y adiós.
Much. Yo avisaré cuando vea
que viene alguien.
Cecilia. ¿Dónde vas?
Much. A ver si hay aquí agua fresca,
que en mi casa está caliente.
Voy á quitar una cuerda *(Aparte).*
de uvas.
Cecilia. Este mal muchacho
todita la casa enreda.
(El muchacho se entra del lado de
la CECILIA. *Sale un* AGUADOR).
Aguad. Muy buenas tardes, señoras.
Cecilia y *Lavand.* Téngalas usted muy
[buenas.
Aguad. ¿No está la mujer en casa?
Cecilia. Aun no ha venido.
Aguad. *(Vase).* Paciencia.
Cecilia. ¿Qué haces ahí, muchacho?
Much. *(Sale).* Nada.
Juan.ª ¿No vas á eso?

Much. Voy, espera.

(Sale la TÍA TERESA *con el mozo del puesto que trae los trastos, y los entra en su figurado aposento, y luego se va al cuarto cerrado).*

Teresa. ¿Dónde vas, bribón?

Much. Ahora
he venido de la escuela,
y voy á jugar un rato.

Teresa. No quiero que vayas: entra
al cuarto.

Much. Déjeme usted...

Teresa. ¿A que te quito las muelas
de una guantada? Juanilla...
¿con quién estás en conversa?

Juan.ª Con un compañero mío
á quien debí mil finezas
cuando estábamos sirviendo.

Teresa. Si tu novio lo supiera
se quejara, y con razón.
Caballero, esta doncella
está en días de casarse:
usted ahora se contenga
en venir, porque ninguno
diga, ni el otro lo sepa...
que la boda es pronto, y luego
podrá venir cuando quiera.

(Sale el TÍO PACHÓN *con su esportilla al hombro, y* CRESPILLO *detrás temeroso).*

Pachón. Entra, pues, y habla sin miedo,
que yo saldré á la defensa
si se ofrece.
Cresp. Pues cuidado
que esté usted pronto á la puerta
de su cuarto.
Pachón. Mas no digas
que soy yo quien te aconseja,
que yo con esa mujer
no tengo ganas de fiestas.
Cresp. Bien.
Teresa. ¿Qué traes acá, Crespillo?
Cresp. Ya puede ver, tía Teresa,
¿quiere usté oir unas palabras
al oído, con licencia
de esos señores?
*Juan.*ª Muchacho...
¿A qué entras de esa manera
sin darme los buenos días,
ni hablar palabra ni media?
Cresp. Bastantes palabras traigo
que hablar, y todas muy buenas.
Teresa. Dí que el señor es de casa. *(A*
[Juanilla).
Cresp. Pues, en resumidas cuentas,
esto se reduce á que
mi tía la besuguera
me ha dicho que no me case,
porque este año la cosecha
ha sido escasa de pan

y abundante de madera;
pero no de esparto, y como
un hombre trata en esteras,
y no es carpintero, ni
aguarda ninguna herencia,
hasta que haga bucha, dice
su merced que no me meta
con una mujer con tres
cuñados y con la suegra,
porque para comer todos
mi jornal no basta, y fuera
mal hecho ponerse un hombre
á comer del jornal de ella;
es verdad que yo la quiero,
pero en llegando una urgencia
una madre es una madre
y envía su hijo á la guerra.

Teresa. Amigo aquí hay maula. ¡Tú
venirme con esa arenga!...
La verdad ¿quién te ha metido
ese embrollo en la cabeza?

Cresp. El tío Pachón no me ha dicho
á mí palabra ni media
de esto.

Teresa. ¿No? Pues no ha sido otro.

Cresp. Si han sido las compañeras
y las amas que ha tenido,
que dicen que es muy traviesa,
amiga de golosinas,
de paseos, de comedias

y de toros, y no quiero
que haga conmigo estas fiestas.
Y más dicen...

Teresa. ¿Qué más dicen?

Juan.ª Pues son unas embusteras;
que yo no he hecho nada malo,
y miente quien lo sospecha.

Cresp. Que tiene un Pajuncio largo
muy feo, que la corteja
siempre en su casa, y que siempre
que sale, sale con ella.

Teresa. ¿Pues qué, había de andar mi hija
por el lugar sola y suelta
como otras?

Cresp. Pocas hay que
por andar solas se pierdan:
yo sé que las más se pierden
por ir por donde las llevan.

Teresa. ¿Y en qué quedamos?

Cresp. En que
se case con el postema
del paje, y á mí me deje
la Juanilla el alma quieta.

Teresa. *(Le agarra de los cabezones).*
¡Ah, infame! ¡Dejar á mi hija
cuando tengo dado cuenta
de la boda, y convidada
á toda la parentela!
(Sale el MUCHACHO).

Pepillo, anda á llamar
á un alguacil que le meta
en un cepo.

Much. Voy allá. *(Vase).*

Cresp. Pues qué ¿esto ha de ser por [fuerza?
Tío Pachón...

Pachón. ¿No te lo dije?
Pues hijo, sufre y paciencia.
(Sale un ALBAÑIL).

Alb. Dios guarde á ustedes. Cecilia,
vamos, á darme la cena.

Cecilia. Voy allá. Mal humor trae.

Cresp.. Señora, estese usted quieta,
y oiga razones.

Teresa. ¿Razones? ...
Mil testigos hay que sepan
la palabra. Sobre la honra
de mi hija, aunque se venda
la cama; irá á un presillo
ó te has de casar con ella.

Cresp. ¿Casar? Antes sentaré
plaza en alguna bandera
de Granaderos.
(Salen la SEÑORA, DON FÉLIX *y el* CASERO *con llaves).*

Casero. De modo
que agregando esas dos piezas,
pues mañana ha de quedar
mudada la castañera,

queda un buen cuarto.

Señora. Yo haré
que mi marido le vea,
y creo seremos vecinos.

(Sale el ALBAÑIL *cascando á* CECILIA).

Alb. ¿En donde está la peseta
que dejé sobre el vasar?
¿Y quién ha roto dos cuerdas
de uvas?

Cecilia. Si las he tocado
que veneno se me vuelvan.

Alb. ¿Pues quién ha entrado aquí?

Cecilia. Sólo
el hijo de la Teresa.

Teresa. Mi hijo no hurta nada á nadie;
y poco á poco con esas,
porque cargará el demonio
con toda la casa á cuestas.

Lavan. ¡Señor! ¡Usted por mi casa!

Señora. ¡Hola, hola!...

Félix. Es mi lavandera.

Lavand. Mire usted qué camisola
le lavo.

Félix. Esa es una vieja
que ya no sirve. *(Bajo)* ¡Por Dios,
la compongas como puedas!
Que es fuerza mudarme, y
no hay otra, mala ni buena.

(Sale una MUJER).

Mujer. ¿Ha venido mi marido?

Cecilia. Ya verás la que te espera.
Mujer. Encontré á unos conocidos,
y me detuve en parleta.
Teresa. La mujer del aguador
¡no gasta poca griseta!
Pepa. *(Sale dando de pescozones al* MUCHACHO). ¡Anda, ratero, bribón!...
Teresa. ¿Qué es eso?
Much. ¡Que me aporrean!
Dígale usté al Alguacil,
madre, que la lleve presa.
Pepa. ¿No me ha hurtado de debajo
de la manta dos pesetas
y un puñado de castañas
mientras volví la cabeza
á ver pasar los soldados?
(Sale el ALGUACIL).
Algua. ¿Qué manda usted, tía Teresa?
Teresa. No puede ser.
Cecilia. Sí será;
que también hurtó la nuestra.
Teresa. ¡Mi hijo! Aseguradme á éste.
(Por CRESPILLO).
que yo escarmentaré á aquéllas.
Alg. ¿Qué hubo? Poco á poco, no
ven que están en mi presencia?
Teresa. ¿Mi hijo ratero?
Casero. Señoras;
escuchen y estense quietas.
Alg. Sepamos qué es.

Casero. Señor ministro
todo el caso se remedia
con que yo iré á ver al Juez
y haga que esta mala hembra
se mude.

Teresa. No me da gana:
que se muden los que deban,
que yo pago mi alquiler
corriente.

Señora. Será por fuerza,
que yo necesito el cuarto.

Teresa. Yo también.

Todos. Que vaya fuera;
que es una mala vecina.

Pachón. Y tiene muy mala lengua.

Teresa. Porque digo las verdades;
pero todavía mi puerta
no se ha abierto á las deshonras
como otras.
(CRESPILLO *se desprende del* ALGUACIL).

Juan.ª y *Paje.* ¡Ay! ¡Que se suelta!...

Alg. ¡Favor al Rey!

Teresa. Lleve usted á éste
y encájemelo en la trena.

Pachón. No encaje usted tal, que quiere
perder al pobre por tema
de que case con su hija;
y por algunas consuelas
que se sabe que han pasado,

y algunas que se sospecha
que pasarán, se conoce
no puede tenerle cuenta
al muchacho este consorcio.

Alg. Con todo: á la cárcel venga
hasta que esto se averigüe.

Cresp. Déjeme usted.

Alg. ¿Resistencia?

Casero. Pues, digo: ¿dónde está el auto
del Juez para que le prenda?

Alg. Yo bien sé lo que me hago.

Teresa. Llévele usté, y luego vuelva,
que yo seré agradecida.

Alg. Mándeme usté, tía Teresa.
Venga.

Juan.ª Que le echen dos pares
de grillos, y la cadena
gorda.

Alg. Quedará seguro.

Cresp. ¿Qué, no hay quien me favo-
[rezca?

Alb. Suelte usté á ese mozo, y lleve
á éste que es la comadreja
de la casa.

Unos. Es un ratero.

Otros. Y su madre es quien le alienta.

Alg. ¡Favor al Rey! ¡A que todos
van atados de una cuerda!

Señora. ¡Jesús que casa! En el día
me mudara, si viviera.

Félix. ¡Qué casualidad! ¡Vivir
hacia aquí mi lavandera!
(Vase con la SEÑORA).
Casero. Señor ministro, usted deje
estas cosas de mi cuenta,
que yo estaré con el Juez.
Todos. ¿Y se irá la tía Teresa?
Casero. Al instante.
Todos. ¡Viva, viva
nuestro casero!
Pepa. Y en muestras
de lo alegres que quedamos
una tonadilla sea
la que concluya.
Todos. Esperando
perdón de las faltas nuestras.

FIN

SORIANO LOCO

SORIANO LOCO

INTERLOCUTORES

JOAQUINA MORO.	*De payas.*
LORENZA SANTISTEBAN.	
CASIMIRA BLANCO (a) *La Portuguesa.*	
JULIÁN QUEVEDO.	*De Payos.*
JUAN CODINA..	
JOSÉ CAMPANO.	
BALTASAR DÍAZ.	
POLONIA ROCHEL..	*De pastora.*
FRANCISCO CALLEJO.	*De gallego.*
VICENTE MERINO.	*De francés ridículo.*
VICENTE JOSÉ MERINO.	*De petimetre.*
JOSÉ ESPEJO.	*De ciego.*
JOSEFA FIGUERAS.	*De dama griega.*
MARIANO DE LA ROSA,.	*De griego.*
CRISTÓBAL SORIANO.	*Con su traje.*
EUSEBIO RIBERA.	
JOSEFA MARTÍNEZ HUERTA.. . . .	
CATALINA TORDESILLAS.	

Salen cantando y bailando de payas y payos las señoras JOAQUINA, POLONIA, SAN-

TISTEBAN *y* PORTUGUESA, *con* QUEVEDO, CODINA, CAMPANO *y* BALTASAR.

CORO

Viva la alegría,
los pesares mueran,
y el que quiera aburrirse
tome una cuerda.
Siga la bulla,
ande la fiesta,
y los que fueren tontos
tengan paciencia.

Salen con las exclamaciones siguientes: MERINO, *de francés ridículo;* CALLEJO, *de gallego;* MERINITO, *de petimetre, y después* EUSEBIO, *sin espada ni sombrero, con el pañuelo en la mano.*

Merino. ¡Se dará mayor desgracia!
Call. ¡Infeliz de mí!
(Hablan natural todos).
Merin. ¡Qué pena
causa mirarle!
Euseb. ¡Qué pronto
dió mi esperanza por tierra!
Todos. ¿Qué ha sido esto?
Pal. Reparad
que de ese modo no empieza

el sainete nuevo.
Euseb. ¡Ay,
Polonia mía!
Merino. No hay fuerzas
humanas de reducirle.
Call. ¡Hijo mío, quién dijera
que tu aplicación había
de parar en tu tragedia!
Joaq. ¿Es esto sainete, ó qué es?
Merin. Ni ya es fácil que se pueda
representar éste, ni otros.
Merino. Aun la jornada tercera,
si Callejo no la suple,
será imposible el hacerla.
Cell. ¡Para eso estoy yo!
(Sale ESPEJO, *como de ciego ridículo).*
Espej. ¡Qué risa!
Yo estoy muerto de tristeza
por un lado; más por otro
oirle es una comedia.
Call. ¡No es mala comedia!
Joaq. ¡Hombre!
¿Qué pantomimada es esta?
Euseb. Hija, ya estamos perdidos.
(Carcajadas dentro).
Espej. ¡Digo, digo! ¡Cómo aprieta!
Merino. Ustedes váyanse dentro,
y vístase la que tenga
que hacer en la otra jornada,
y en lo demás no se metan.

Espejo. Hombre, á lo menos que cante
la tonadilla, la nueva.
Pol. ¿Soy yo algún costal de paja
ó alguna estatua de piedra
entre ustedes?
Todos. ¿Qué ha sido esto?
(Salen las señoras FIGUERAS *y* MARTÍNEZ *y cogen á* EUSEBIO *y le retiran á un lado).*
Fig. Señor *autor,* con licencia
de todos, una palabra.
Mart. Y en acabando con esa
señora, me oirá usted otra.
Euseb. ¿Negocios de tanta urgencia
son ambos?
Fig. Ni un cuarto de hora
que tiene el mío de espera.
Mart. El mío ni dos minutos;
pero me precio de atenta
y humilde con mis mayores,
y la doy la preferencia
á usted.
Fig. Yo seré muy breve.
Euseb. ¡Por Dios! que digan apriesa:
¡ven ustedes cómo estamos
y me vienen con arengas!
Mart. Diga usted, que ya me aparto.
Fig. No es asunto de reserva,
y todo está reducido
á que saquéis la licencia

en mi nombre, de Madrid,
para volverme á mi tierra.
Mart. Con la misma pretensión
de la señora Figueras
vengo yo: cuando la barba
del vecino pelar veas,
hecha la tuya en remojo,
dice el adagio. ¡Canela!
Fig. Nada como los ejemplos
á las gentes escarmientan.
Espejo. ¡Qué diferente estaría
el mundo por esa regla!
Euseb. Señoras, si ustedes quieren
ahogarme, traigan la cuerda
y acábenme de una vez.
Joaq. Harán bien; y te estuviera
bien empleado.
Todos. ¿Qué es esto?
Euseb. Esto es ser *autor*.
Joaq. Revienta
con la *autoría*, ya que
quisiste meterte en ella.
Pol. ¿Me hace usted favor, Merino,
de meterme estas tijeras
por las sienes, ó decirme
el motivo de tan nuevas
locuras?
Merino. Otra locura
que es preciso que la sepas,
y que al público se diga,

supuesto que tu viveza
se echó á empezar el sainete
porque ignoraba la gresca
que allí había.

Pol. ¿Pues qué había?

Merino. Que ha perdido la cabeza
enteramente Soriano.

Todos. ¡Qué dolor!

Pol.... ¿De qué manera?

Merino. Cuando se estaba vistiendo,
sacó de la faltriquera
los papeles de graciosos
que tiene de las comedias
puestas en lista; arrimóse
con ellos hacia una vela
y empezó: ¡En qué me he metido!
¡Cómo puedo en estas piezas
sacar yo el jugo que otros!
Y repitiendo mil vueltas
á los papeles, decía...

Espejo. ¡Calla, calla!, que aquí llega
y mejor lo dirá él...
Ninguno con él se meta,
y observarle retirados.

Fig. Pueden dársele unas friegas
ú otro remedio.

Merino. Al instante
se le dieron en las piernas
ligaduras; y se puso
más furioso.

Euseb. Su dolencia
se curará mal y tarde,
si es que Dios no lo remedia.
Fig. ¿Yo damas? ¿Pues no es preciso
que otro tanto me suceda
mañana?
Mart. Y á mí esta noche
lo propio por esa cuenta.
Fig. Nada menos.
Mart. No, señor.
Fig. Mi licencia.
Mart. Mi licencia.
Espejo. Y en lográndola podremos
irnos los demás sin ella.
Sor. *(Al salir).* ¡Por vida!... *(y se de-*
[tiene).
Espejo. Allá va lo que es.
Sor. *(Sale distraído).*
¡Por vida de las melenas
de un calvo!... Tres y tres son once;
doce, trece, y los que vengan
después: tonadas, sainetes,
entremeses y zarzuelas;
y en todo el pobre Soriano
el primero: ¡anda morena,
qué gritos me darán! Y
si me tiran berengenas
ó pepinos, y sacuden
á una de mis compañeras,
¡qué gusto será ver ir

rodando las escofietas!
¿Qué puedo apestar?
que uno apeste como tenga
la media parte y los solos
á su tiempo. ¡Quién tal piensa!
(Pega con Espejo).
Hombre, ¿qué es lo que usted dice?
¿He nacido sin vergüenza
yo, para comer el pan
sin ganarle? Me muriera
yo de rubor, si supiese *(furioso)*
que era una parte molesta
al público; sois un ruin
y os he de sacar la lengua
porque otra vez no digáis
á nadie...

Espejo. *(Turbado).* Si yo no era...

Sor. ¿Pues quién lo dijo?

Espejo. Un muchacho
que echó por la callejuela
corriendo.

Sor. Y ¿adónde iba?

Espejo. Al vino por la taberna.

Sor. Y ¿usted qué hace aquí parado?

Espejo. Yo soy un ciego que reza
oraciones.

Sor. Y ¿usted sabe
la oración de la retreta?

Espejo. Sí, señor.

Sor. Pues yo también:

vamos á cantarla á medias.
Espejo. Empiécela usted, que yo
no me acuerdo muy bien de ella.
Sor. Yo sí: tome bien el tono.
Espejo. ¡Dios me saque con bien de ésta!
(SORIANO *hace preludio y* ESPEJO *le imita; y alternan las coplas tomando el palo el que canta).*
Sor. Ya tocan á detener
al soldado los tambores;
y bueno fuera á mi ver
tocaran á recoger
otros ganados peores.
Espejo. Enciérranle por demás;
y por las calles se topa
para darse á Barrabás,
que entonces es cuando más
se empieza á tender la tropa.
Sor. Sujeto en los arrabales
queda el soldado conforme,
y en las casas y portales
se sueltan mil oficiales
sin divisa ni uniforme.
Espejo. Clausura con el tambor
no sólo al soldado den,
Sor. que otros muchos en rigor
lo merecían mejor.
Los dos. Por siempre jamás amén.
Call. ¡Pobre de mí! El ha perdido
ya del todo la chaveta.

¡Hijo mío!

Sor. ¿Qué hay Dumingu?
¿Qué tienes? ¿Pur qué muqueas?
Los hombres no han de llurar
las cuitas comu las fembras.
Hombre, ensánchate conmigu,
que aun tengu cincu pesetas
depusitadas en cas
de Cecilia la tendeira
para cualquier casu de honra.

Mèrin. Él solamente se lleva
del traje, no del sujeto.

Fig. Pues es muy gracioso tema:
llevarle el humor.

Sor. Despacha,
hombre, que estamus de priesa.
¿Qué tienes? dilu, si puedes,
y si no puedes revienta.

Merino. Háblale.

Call. ¿Qué he de tener?
Que perdí la mejor prenda
de mi vida. *(Llorando).*

Sor. ¿Quién, la Urosia?
Ya era buena maula ella.
Sí, sí, sí, bien te lu dije
aquel día, si te acuerdas.
¿Y qué hombre llora por una
muller de mala ralea?
Haya ganas y dineirus
que mundongas á ducenas

y á centenares las hay.
Hombre, y si ó demo te tienta,
non te cases en Madrid,
búscala de Pontevedra
ó de Lugu, que aquí hay muchas
macadas comu las peras;
y á mais de todu hazte cargu
que la viuda nu es duncella;
que duncellas diz que hay pocas
y caras: las cucineras
son gulosas; las usías
tienen mucha flatulencia;
las pobres quieren ser ricas;
las ricas nunca se peinan
para nosotros; las nobles
quieren mucho; las plebeyas
quieren más; y you de todas,
altas, bajas, limpias, puercas,
solteras, casadas, viudas,
gordas, magras, lindas, feas,
paisanas y non paisanas,
pur estas y otras cosuelas,
que non saldrán de mi boca
pur non decir indecencias,
mientras Dious me garde el juiciu
doy mi parte á diabro de ellas.

Espejo. Por ahora, tan guardado
le tienes que no se encuentra.

Merino. Callejo nos le ha de echar
á perder.

Pol. Pues, anda, llega tú.

Merino. ¿Qué hay, amigo Soriano?

Sor. *Et il posibl* que *je* tenga
l'honor de *vu voar, ami?*
¡O monsier! Aprieta.
(Se abrazan).

Merino. Aprieta.

Sor. *¡O mon Dieu!*

Merino. *Alon, sans fasón.*

Sor. *A propó: voyé la letra*
que *vus avé ecri á Pari*
(la busca por los bolsillos)
fesan á Madamasella
parte de *votre mariage.*
¡O diable!

Merino. ¿Qué, no la encuentra?

Sor. *No pa, musiu.*

Merino. Habrá *restado*
en las otras faltriqueras.

Sor. *E bien; doné muá vu un prise*
de la votre tabatiera.
Tut alors.

Merino. *Fort bien, monsieur*
mua non tien inconvenienta.

Sor. *Tabac de Españ. ¡O sa é bon!*
¿Ou le troubé vu?

Merino. *A Chinebra.*

Sor. *Alon, mosiu; feson lé*
les honer de la butella
al tabac.

Merino. *A la bon her.*

(Sorben).

Sor. *E danson la canchoneta.*

Los dos. Lan, larán, larán.

(Danzan y cantan los dos sorbiendo el polvo, y en medio cantará SORIANO *la canzoneta francesa que guste, con tal que sea decente).*

Fig. ¡Lástima da!

Pol. Allá voy yo,
á ver de que modo pega
conmigo. ¡Cristóbal mío!...

Sor. Serrana de estas riberas,
florecidas á merced,
más del Tajo que las riega
de tu planta que las pisa;
bien haya la Aurora nueva
que á mis ojos te ha traído;
no en vano las avezuelas
esta mañana, adivinas
de su ventura y las nuestras,
anunciaban á estos prados
repetidas primaveras.

Joaq. ¡Qué tierno que está!

Espejo. El las toma
del modo que las encuentra.

Sor. A la sombra de este roble
cuyas verdes ramas densas
forman natural dosel
á tu perfección, te sienta.

Pol. ¿No ves que está muy mojada
con el rocío la arena?
Sor. *(Se quita la chupa).*
Tenderé yo mi pellico
que rústico trono sea
donde te juren las flores
por mi dueño y por su reina.
Pol. Vaya, ¿qué quieres decirme?
Sor. Nada, porque está la lengua
demás, cuando hablan los ojos
con otros que los entiendan.
Mar. *(Sale* MARIANO *de griego ó turco).*
¿Esto se estila en Madrid?
¿Por escuchar á un tronera
se echan á perder sainetes
y se detienen comedias?
Fig. ¿No ves al pobre Soriano
loco?
Mar. El loco por la pena
es cuerdo; dadme un garrote
veréis si le hago que vuelva
á cobrar el juicio.
Fig. Calla,
que mejor es que se vea
si es posible reducirle
por bien.
(Llega y se levanta SORIANO).
Sor. ¡Amada Briseida!
¿Qué deidad ó qué prodigio
te libró de las cadenas

del tirano Agamenón?
Con bien á mis brazos vuelvas.

Mar. ¿A los brazos? Un demonio
que te lleve.

Fig. Considera
como está.

Mar. Loco ó no loco
te abrazará si le dejan.

Sor. *(Arrebatado).*
Aguarda...

Mar. Quítese de ahí
ó le rompo la cabeza.

Sor. *(Serio).*
Bárbaro, iluso, dime ¿en qué confían
tu loca vanidad y tu soberbia?
¿Tú eres el general que contra Troya
eligieron los Príncipes de Grecia
entre sí mismos? ¿Tu palabra
[rompes,
y el apoyo de Aquiles menosprecias
por una pasión loca? Vengaréme
por las Deidades; volveré las velas
de mis naves desde hoy hacia mi
[patria,
de mis solares gozaré allá, mientras
tú de Ilión vencido, en sus campañas
eternizas la historia de tu afrenta.
¡Adiós, mi bien!... ¿Mas cómo las
[pasiones
bastardas, de mi pecho se apoderan?

Triunfe el honor, soldados á la pla-
[ya,
prevenidme la nave más velera.
¡Iza, iza! ¡A la escota! ¡Al chafal-
dete!
A marcha toquen cajas y trompetas.
(Toca con la boca tururú, tururú, imitando).
¡Adiós, Briseida mía, para siempre!
¡Adiós, Agamenón. ¡Maldito seas!

Call. ¡Hijo mío, por Dios, que te mode-
[res!...

Sor. Tanto bailé con la gaita gallega...
(Baila).

Espejo. Atadle que esto va malo.

Pol. Pues vemos que se sosiega
entre nosotras, dejadme
á mi usar de cierta treta
que me ha ocurrido.

Fig. A mí otra.
Señor Autor, mi licencia,
que yo no puedo hacer damas,
y más ya con la experiencia
de que queda como loco
quien más estudia y se empeña.

Mart. Después hablaremos de eso.

Pol. Ahora venid, compañeras,
y cantándole entre todas
una cosilla halagüeña
veamos lo que resulta.

Todos. Norabuena.
Todas. En hora buena.
Santis. Que le aseguren.
Pol. Callad.
y dejadlo por mi cuenta.
(Le rodean todas y cantan alguna copla agradable; y él hace extremos como que vuelve en sí).
Sor. ¡Hola! Como tiene un hombre
aturdida la cabeza
con el estudio, se duerme
fácilmente, y más con esa
música; y las vocecillas
que son como una jalea:
mas todos están vestidos
para el sainete. ¿No era
La diversidad de trajes?
¡Dios mío! ¿En qué faltriquera
está el papel?
Euseb. ¿Qué papel?
Si ya por hoy no se echa...
Sor. ¿Y por qué?
Espejo. ¿Qué tal te sientes?
Sor. Sano como una camuesa,
y con este sueñecillo,
mejor.
Pol. Eso es por que vean
ustedes que las mujeres
tenemos en las urgencias
muchas virtudes ocultas,

gracias á Dios.

Sor. ¡Qué extrañeza
advierto en vuestros semblantes!

Pol. ¿Con que tú no caes en cuenta
del susto que nos has dado?

Sor....¿Y había quien malpariera?

Joaq. No, no lo tomes á chanza,
que has perdido la cabeza
y te habías vuelto loco.

Sor. ¿Yo loco? No es mala esa.
Yo soy el hombre de más
juicio de mi parentela.
¿No es verded, padre?

Call. Sí, hijo.
Callemos, no sea que vuelva
á las andadas.

Sor. ¡Yo loco!

Fig. Lo que conviene es que veas
al médico, y que te sangre
ó te purgue; y que nos creas.

Sor. Parece que ustedes tienen
algo de gana de fiesta:
vamos á hacer el sainete.

Euseb. Pues, hombre, ¿no nos ves fuera
del vestuario?

Sor. Eso es verdad;
pero esa es una fachenda
de ustedes, que me han sacado
dormido.

Merino. Porque lo creas

del todo, vete á vestir
para seguir la comedia.

Pol. Mientras, en vez del sainete
cante una tonada nueva
la Tordesillas. ¡Catuja!
¿Adónde está?

Joaq. ¿Cuánto apuestas
á que se marchó á su casa
creyendo quedaba exenta
de cantar, con este acaso?

Pol. ¡La hubiéramos hecho buena!
¡Ah, Catalina!...
(Sale CATALINA *muy despacio).*

Cat. Señora...

Pol. ¡Pues es una linda fresca!
¿Por qué no respondes pronto
cuando oyes que te vocean?

Cat. Como hay tantas *Catalinas*
en Madrid, pensé que no era
por mí, por quien preguntaban.
Mande usted.

Pol. Que te prevengas
á cantar la tonadilla.

Cat. ¿Cuándo?

Euseb. Al instante.

Cat. Maestras
hay que la canten primero
de quien yo á cantar aprenda.

Joaq. ¿Pues no dijiste en la loa
que tuviésemos paciencia

y que luego cantarías?

Cat. Es menester que se entienda
ese luego; como muchos
que dicen que luego llegan
de este lugar, ó del otro,
y suelen estar cien leguas.

Fig. Pues aquí no lo entendemos
así; y el público espera
que cantes.

Cat. A ese señor
sería gran desvergüenza
hacerle esperar; y así,
voy á cantar, y paciencia.
Lo que les suplico á ustedes
es que por la vez primera
no me dejen aquí sola
y entre tantas caras nuevas
para mí.

Pol. Todas están
propicias: nada las temas
y esfuérzate.

Cat. Por esfuerzo
no quedará. ¡Ojalá sean
iguales sus compasiones
á mi esmero y obediencia!

Mar. ¿Y qué tal va de locura,
amigo?

Sor. Cuando sea cierta
la daré siempre por bien
padecida, como prenda

de mi aplicación, premiada
con las piedades discretas
del público, á quien suplico
me perdone y compadezca.

Cat. ¿A qué hora callan ustedes?

Merino. A la misma que tú empiezas.
á cantar tu tonadilla.

Todos. Con que concluye esta fiesta.

(Se quedan á oirla sentados los que quieren, y con la tonadilla se da fin)

FIN

EL OFICIAL DE MARCHA

El oficial de marcha

INTERLOCUTORES

SERAFINA.	ABATE.
MANUELA.	LA MARQUESA.
LEONOR.	OFICIAL.
DON JORGE.	CRIADO.

El teatro representa salón de casa noble. Al levantar la cortina estarán sentadas á la labor SERAFINA *y* MANUELA; *la primera bordando al bastidor y la segunda haciendo puntos de malla: canta algo.*

Seraf. Ya me cansa la labor;
toma un polvito, Manuela,
y hablemos de cosas varias.
Man. Pero ¿alguna vez siquiera
no hablaremos en razón?

Seraf. No me rompas la cabeza:
solamente de oir nombrar
la razón, me da jaqueca.
Muchacha, como yo soy
fisgoncilla y petimetra,
pensara que estaba loco
todo el mundo, si supiera
que era yo mujer capaz
de hablar una vez de veras.

Man. Muy bien; ya que sólo el nombre
de la razón os inquieta,
hablaremos de caprichos.
Lo que vuestra madre intenta
de casaros con el viejo
pariente ¿qué tal os peta?

Seraf. Preciosamente: mi madre
sufre tantas bagatelas
mías, que fuera yo injusta
si las suyas no sufriera.

Man. ¿Y os casaréis con él?

Seraf. No.

Man. ¿Y mi ama?

Seraf. La venera.
humilde mi voluntad:
siempre será la obediencia
mi primera obligación;
pero yo haré de manera
que mi pariente, antes que
nos casemos, me aborrezca.

Man. Bien pensado.

Seraf. Si no hay cosa
que al oirla me estremezca
sino el matrimonio: en él,
si á mil mujeres observas,
verás mil arrepentidas,
y ninguna satisfecha;
no verás muchas que aplaudan
su estado, y las más modestas
juzgan que hacen un prodigio
en no publicar sus quejas.
Man. Con todo, en ese dictamen
estamos las dos opuestas,
y á mí me suena mejor
una boda que una orquesta.
Seraf. Muy buen provecho.
Man. Y usted
no fué siempre de la mesma
opinión, que Don Narciso...
Seraf. Se le acabó su licencia
á buen tiempo, que si no
creo que hago la simpleza
de casarme con él.
Man. Pero...
señora, hablemos de veras;
¿usted le quiere?
Seraf. No sé.
Mira, no me descontenta
tanto como otros. Yo le hallo
más espirtu, más viveza;
se explica con mucha gracia,

y mejor que todos piensa.

Man. ¿Le gusta á usted verle?

Seraf. Sí.

Man. Dígame usted, ¿y la alegran
sus cartas?

Seraf. Sí, y las deseo.

Man. ¿Siente usted mucho su ausencia?

Seraf. Horror.

Man. ¿Y usted, no conoce
que eso es amarle? ¡Canela!

Seraf. A mí me parece que
no quiero á nadie.

Man. Esa es buena;
y murmuran que usted quiere
á todos.

Seraf. Pues no lo crean;
que yo no quiero, aunque tengo
manía porque me quieran.

Man. Esa es, señora, manía
de todas las petimetras;
y usted con más razón que otras.

Seraf. Pero en mí no es más que mera
curiosidad, no locura,
para ver la diferencia
de efectos que hace en los hombres
el talento y la belleza
de una misma dama.

Man. Ya.
¿pero en eso no se mezcla
algo de malicia?

Seraf. A veces.
Supongamos el tronera
de mi maestro de cantar;
hasta que llevarle vea
á Zaragoza ó Toledo,
no puedo yo estar contenta.
Man. ¡Pobrecito mentecato!
¿Y habéis tenido conciencia
para tenerle en la calle
cantando junto á las rejas
toda la noche?
Seraf. ¡Tan lindo!
Y si de llover no cesa,
hasta las nueve del día
no hubiera logrado audiencia.
Man. Calado iba hasta los huesos.
Seraf. Mejor. No hay quien se divierta
como yo, y para ese fin
se hallan hombres á docenas
ridículos; así como
se hallan pocos que merezcan
las confianzas de amigos,
ni de esposos las finezas.
Leonor. (Dentro).
¿Están en casa?
Man. ¡Hay, señora!
Doña Leonor de Ledesma
que ha un siglo que no la vemos.
Seraf. Sí, Leonor. ¿Por qué no entras?
¿De dónde sales, mujer?

Leonor. Bastante tiempo te queda
de saberlo, que hoy por todo
el día vengo á ser vuestra.
Man. ¡Gran día!
Seraf. Vaya, ¿te casas
y vienes á darme cuenta?
Leonor. Dios me libre.
Seraf. ¿Se murió
tu tío?
Leonor. Larga la lleva:
el mío es un tío eterno.
Seraf. ¿Y te dice chuchufletas
todavía?
Leonor. Me persigue
con su amor que me revienta.
Seraf. ¿Y me quiere ya algo más
que solía?
Leonor. Con la mesma
voluntad que á mí tu madre.
Seraf. Pues hoy la tenemos fuera
de Madrid, á recibir
con mi hermano una parienta.
Leonor. También mi tío va al Sitio;
que me ha dado esta licencia
sin ejemplar.
Seraf. Pues amiga,
si el día no se aprovecha,
de éstos, pocos.
Leonor. Un lacayo
me dejó de centinela

que lo parla todo.

Man. En casa
tenemos otro postema
semejante.

Seraf. Buen remedio:
darles al punto, Manuela,
ese doblón á los dos,
con la condición expresa
de que hasta que le consuman
no salgan de la taberna.

Man. ¡Gran pensamiento! Pues aunque
dentro de dos horas vuelvan
no importa, porque traerán
ya los ojos en tinieblas. *(Vase).*

Seraf. Vamos, ¿y cómo te va?

Leonor. Muy mal; y con las ideas
de retirarme del mundo.

Seraf. ¿Del mundo? Pues yo creyera
que el pobre hace cuanto puede
para tenernos contentas.
¡Retirarte!

Leonor. ¡Ay, Serafina,
si tan desgraciada fueras
como yo!

Seraf. ¡Tú desgraciada!
¿Pues qué te impide que seas
venturosa?

Leonor. El testamento
de mi padre, que me deja
sin poder ser del que amo,

al que aborrezco sujeta.
Seraf. ¿Pues qué, tú amas? ¿Estás loca?
Leonor. ¿Qué dificultad encuentras?
¿No amas tú también?
Seraf. ¿Yo había
de dar en esa simpleza?
Yo permito que me amen,
y al sujeto de más prendas
y méritos, á lo más,
le sufro, por gran fineza,
que tal cual vez me lo diga
sin exigir la respuesta.
Leonor. No nos parecemos.
Seraf. Vaya;
¿es mucha la concurrencia
de pretendientes?
Leonor. Bastante;
pero sobran, que mi estrella
solamente á uno se inclina,
y de su correspondencia
segura, le amaré siempre
con la fe más verdadera.
Seraf. ¿Quién es ese hombre dichoso?
Leonor. ¡Ah, si tú le conocieras!...
Seraf. Puede ser. ¿Cómo se llama?
Leonor. Narciso.
Seraf. ¡Cómo!
Leonor. Y le adecua
muy bien el nombre, porque
lo es de todas las maneras.

Es imposible que tú
puedas conocerle.
Seraf. Espera...
¿Es un oficial mocito,
muy vivo, de una presencia
agradable, muy gracioso,
que ha estado aquí con licencia
y ha vuelto á su regimiento?
Leonor. Sin duda es él, por las señas.
¿Le conoces? ¿Sabes algo
de su conducta?
Seraf. Muy bella:
solamente que es preciso
el que á ti ó á mí nos mienta.
Leonor. ¿Pues qué, te quiere?
Seraf. A lo menos
la víspera que se fuera
así lo juró á mis pies.
Leonor. ¿La víspera?
Seraf. Si habrá cerca
de un mes...
Leonor. ¿De un mes? Ya respiro
Y, amiga, por esa cuenta,
más engañada estás tú,
porque dilató su ausencia
quince días más por mí.
Seraf. ¿Y dónde estuvo?
Leonor. A la vuelta
de mi calle, en una casa
desde donde por las rejas

de un patio interior, las noches
se nos pasaban enteras
hablando.

Seraf. Pues la engañada
soy yo; no hay que darle vueltas.

Leonor. ¿Conque serás mi enemiga
desde hoy?

Seraf. ¡Ay que mal piensas
hija mía! Daré yo
por una amiga noventa
hombres, y los diera todos
si bubiese quien los quisiera.
(Sale MANUELA).

Man. El maestro de cantar,
señora.

Seraf. Di que se vuelva,
que hoy no quiero dar lección.

Man. ¡Ay, señora, qué sentencia!
Y viene empolvado *asai*
y las mejillas tan llenas
de blanquete y *rus*. No hay
en todas las covachuelas
un Adonis, digo, un mono
más gracioso.

Leonor. Amiga, deja
que entre, le veremos, y
nos divertirá siquiera.

Man. Si no, se ahorcaba.

Seraf. Hazle entrar.
(Vase MANUELA).

, porque Leonor se divierta.
Leonor. Parece que Don Narciso
algo el corazón te inquieta
por más que lo disimules.
Seraf. ¿Yo? No, amiga: es muy pequeña
pérdida un amante, para
la que los tiene á docenas.
Adelante, maestro mío.
(Sale DON JORGE, *de petimetre extravagante).*
Leonor. ¡Jesús, qué magnificencia!
¿Es músico ó bailarín?
Man. No es hombre que cabriolea
Don Jorge Suspiros.
Jorge. No
madama, hay gran diferencia:
la música mueve al baile,
mas no tiene la nobleza
el baile de hacer danzar
á la música.
Leonor. Perfecta
reflexión.
Jorge. Señora...
Seraf. Ved
qué tez.
Leonor. Y qué linda pierna.
Man. Hechas á torno.
Jorge. Señoras...
Leonor. ¡Qué talento!
Seraf. ¿Te chanceas?

Lo menos que mi maestro
sabe, es música.

Jorge. Mi adversa
suerte lo ha querido así;
y así yo hago el uso de ella
por diversión.

Man. Dice bien;
pero se entiende la ajena.

Jorge. Yo nací para destino
mayor; bien que no me pesa
pues á la música debo
estar á las plantas vuestras.

Leonor. ¿Y hace usted versos también?

Man. ¿Le pudiera faltar esa
gracia á Don Jorge Suspiros
cuando dice aquella letra:
«Músico, poeta y loco,
quien dice uno dice otro?»

Seraf. Calla. Y vamos, maestro mío.
¿Hay alguna cosa nueva
de gusto?

Jorge. Si usted la canta
será de gusto, por fuerza.

Man. Hoy amaneció la voz
de mi ama, con jaqueca.

Seraf. y *Leonor.* Cante usted.

Jorge.... Oid un juguete
nuevo que traigo de prueba.

(Canta).

Vayan el sol y el día
muy noramala,

que mejor es la noche
para quien ama.
¿Qué importa que las nubes
me aneguen en sus aguas,
que los truenos asusten,
ni que los rayos caigan;
si entre las tempestades,
las sombras y las ansias,
disfruto los favores
de mi zagala,
y las luces del día
de ella me apartan?
¡Qué feliz noche
la que por ver su dama
se muere un hombre!
¿Qué importa que las nubes
me aneguen con sus aguas, etc.

Aunque un hombre se cale,
le dejan seco
las lumbres de los ojos
de su cortejo.

Leonor. ¡Qué música y qué expresión!
Jorge. ¿Y qué os parece la letra?
Leonor. Preciosa.
Man. Y original,
que es historia verdadera.
Jorge. Aquel sol y aquellas sombras,
¿no exprimen bien, contrapuestas,

el asunto?

Man. Grandemente:
sólo falta que exprimieran
la camisa del autor.

Seraf. ¿Quieres callar, bachillera?

Leonor. Yo quiero una copia.

Seraf. Yo otra.

Jorge. Cuanto mandareis.

Seraf. Manuela,
llévale á mi gabinete,
y entre tanto que hora sea
de comer, que las escriba.

Jorge. *(Muy alegre).*
Señora, yo de cualquiera
suerte que...

Man. Vamos ¿queréis
que también os lo agradezcan?
(Se le lleva, y él va haciendo misterio).

Leonor. ¡Qué bufona eres!

Seraf. ¿Y tú?

Leonor. Yo he seguido con el tema.

Seraf. Así me divierto; mira
si cabe más inocencia.

Leonor. Tú dices bien; pero muchos
de otro modo lo interpretan;
y entre estos hombres hay varios
mentecatos y fachendas,
que tienen poco talento
para conocer la befa

que se les hace, y sobrada
vanidad que les eleva
á creerse favorecidos,
y en eso hay la contingencia,
cuando ellos no lo divulguen,
de que las gentes lo crean.

Seraf. ¡Qué reflexión! *Imprimatur*
el martes en la *Gaceta.*

Leonor. Y también tus aventuras
para que á noticia vengan
de todos.

Seraf. ¡Mira qué tacha!
Con eso me conocieran
muchos que por no saber
que existo, no me cortejan.
(Sale MANUELA).

Man. ¡Qué ancho y vanaglorioso
nuestro buen Don Jorge queda,
y qué misterioso ha entrado!
Yo apuesto á que toma esta
casualidad, como una
aventura de novela.

Leonor. Tú ves que mis reflexiones
son justas.

Seraf. Paró á la puerta
un coche.

Man. Sí, señora, y es
el abate.

Leonor. ¿Das audiencia
también á abates?

Seraf. No habiendo
gente de tropa, á cualquiera.
Man. Y este caballero debe
ser excepción de la regla;
pues lo es sin capellanía,
ni beneficios, y esperan
algunos que por mi ama,
si en la tropa le desechan
para alférez, se acomode
de pífano ó de trompeta.
Seraf. Ahí está.
Leonor. ¡Pobre de mí!
Que si me ve no nos deja
en todo el día, y después
á mi tío se lo cuenta
todo, que es amigo suyo.
Seraf. Pues á mi cuarto te entra
y déjamele, verás
que pronto que se le ahuyenta.
Leonor. ¡Por Dios! *(Se entra).*
Seraf. Dile tú al criado
diga á todos los que vengan,
que estoy sola, mas que avise,
y entrarán los que convengan
no más.
(Sale el ABATE *sin capa, vestido bordado y bastón).*
Abate. Me diera la orden
á mí propio, si creyera
que á vuestros ojos podía

desagradar mi presencia.

Seraf. Usté está bien persuadido
de cuánto me lisonjea,
señor Abate; mas ¿qué
metamorfosis os trueca
en un traje tan de gusto?
¡Casaca bordada, medias
de gris, pelo al natural!
¿Vais al campo?

Abate. No se huelgan
mis ojos con fuentecillas,
pajarillos ni arboledas.

Man. Con las pájaras del pueblo,
tal cual.

Abate. Esas, esas, esas.

Man. No todas, que suele haber
de todo en las pajareras.

Seraf. ¿Y para andar por Madrid
os vestís de esa manera?

Man. Es el traje de conquista.

Abate. La dulcísima violencia
de mi pasión me transforma,
por si encuentro con la idea
de vuestro gusto, y por él
me aparto de la melena
corta, el uniforme adusto
y la capilla superflua.

Man. Ciertamente que es un mueble
inútil como no llueva.

Seraf. No os entiendo, y ciertamente

que á todos hará extrañeza
ver así un hombre de vuestro
carácter.

Abate. ¿Habláis de veras?
¡Mi carácter! Yo no tengo
carácter á la hora de esta,
señora.

Man. Dice muy bien;
es un niño que ahora empieza
á vivir, y aun no está en tiempo
de determinar carrera.

Abate. Yo, señora, sólo aguardo
las resoluciones vuestras
para resolverme. Hablad.
¿Calláis? Dulcísima prenda
de mi corazón, mi vida,
decid ¿qué queréis que sea?

Man. Señora, tiene razón;
de vos depende que tenga
un defensor más la patria,
ó un monago más la Iglēsia.

Seraf. ¡Qué lindas vueltas que trae
el señor Abate! A verlas.

Man. Bien respondido.

Seraf. Acercaos.

Abate. ¿Son lindas? Para escogerlas
empleé más de ocho días.

Seraf. ¡Ay, ay!

Abate. ¿Qué tenéis?

Seraf. Manuela.

Abate. ¡Bien mío!
Seraf. No puedo más:
acércate.
Man. ¿Qué os altera?
Seraf. ¡Ay!
Abate. Señora...
Seraf. Yo me muero.
Abate. ¿Qué?...
Searf. Sostenme la cabeza.
Abate. Yo estoy...
Seraf. Retiraos de mí,
Abate, que usted me apesta.
Abate. ¡Cómo!...
Seraf. Con vuestros olores
Abate. Si sólo traigo manteca
de puerco en el pelo, y polvos
que me dijeron que eran
d Chipre.
Seraf. Son un veneno
para mí. Apartaos cien leguas.
Man. Idos.
Abate. Pero me parece...
Man. ¡Eh! Maldita maña, y vieja
de los abates, traer
adrede cosas como estas
para matar de vapores
á las pobres petimetras.
Seraf. ¡Ay, Abate mío, que
cruel sois! Ya estoy enferma
para un mes: si usted me ama

y conoce la fineza
con que le pago, al instante
váyase de aquí, y no vuelva.
Abate. Yo... estoy desesperado.
Man. Pues váyase usté allá fuera
á desesperarse. ¡Ay!
¡Que los ojos le blanquean
á mi ama!
Abate. A ver el pulso.
Man. ¡Puf! ¿Quiere usted que me muera
yo también?
Abate. ¡Soy infelice!...
Seraf. ¡Ay, ay!...
Man. ¡Jesús, qué postema
de hombre!
Abate. El médico.
Man. Señor,
que estamos ya las dos muertas.
Abate. Reniego del peluquero,
los polvos y la manteca. *(Vase).*
Man. Amén. Anda con mil diablos.
Seraf. ¿Se fué?
Man. Sí.
Seraf. Dila que vuelva
á Leonor.
Man. ¿Se fué el vapor?
Seraf. ¿Soy yo de las zalameras
que los gastan? Yo los finjo
cuando me acomoda.
Man. Bella

gracia.

Seraf. Para ciertos casos
son un recurso de perlas.
(Sale un CRIADO).

Criado. La Marquesa del Sotillo
está ahí.

Seraf. Otra postema.

Man. Otro vapor.

Seraf. Dila que entre,
y avisa á Leonor. *(Vase el* CRIADO).

Man. Perfecta
trinca: yo espero tener
hoy bravo día de fiesta. *(Vase).*
(Sale la MARQUESA).

Marq. Buenos días. ¡Ay, Dios mío!
¡Qué abandono, y en qué dieta
de tertulia estás! ¿Con tanto
mérito, tan sola?

Seraf. Estas
son reliquias que han quedado
todavía de la guerra.

Marq. ¡Cuántos sustos tiene á cargo,
cuántas lágrimas y ausencias!

Seraf. Ya está la paz finalmente
de nuestra parte.

Marq. Si hubiera
otra expedición, yo me iba
también al campo, ó muy cerca,
á servir de voluntaria.

Seraf. ¿Bajo de alguna bandera?

La verdad...

Marq. No, no hagas burla,
que en estos lances me pesa
ser mujer.

Seraf. Eso se llama
heroicidad de cabeza.
(Sale LEONOR).

Marq. Pero... ¡Leonor!...

Leonor. ¡Oh, qué encuentro
tan dichoso! ¡Mi Marquesa!...
Yo te creía en el Sitio.

Marq. He tenido una pequeña
ocupación en Madrid.

Leonor. Con la grande concurrencia
dicen que está hermoso.

Marq. Sí,
más para mí no hay belleza
donde no está lo que amo.

Leonor. ¡Qué bien dice! ¡Ah!...

Seraf. Esa queja
nace, todas somos unas
y hemos de hablar con franqueza,
de que es tu amante soldado,
y el destino te le aleja
donde está su regimiento.

Marq. Aunque no le daba treguas
su obligación, mi cariño
le arrestó en su fortaleza
algunos días, y ayer
salió para Cartagena.

Seraf. ¿Ayer se fué?
Marq. Sí, ayer tarde.
Si no ¿vendría tan suelta
yo aquí?
Leonor. Pues lo que has de hacer
es aprovechar su ausencia.
Seraf. Sí, porque el sacrificar
los gustos á la fineza
por un ausente, está ya
reformado en nuestra regla.
Marq. ¡Ay, amigas, que me quiere
mucho! ¡Y si yo os dijera
quién es!...
Seraf. ¿Qué? ¿Le conocemos?
Marq. En cuanto á ti, no me queda
duda: de Leonor no sé.
Seraf. No quiero ser indiscreta.
Marq. No hay misterio; pues las cosas
en el estado que quedan,
aunque se callen, no pueden
estar ya mucho secretas.
Es Don Narciso, el alférez
de Dragones.
Leonor. ¿De qué tierra
es?
Marq. Andaluz.
Leonor. ¿Andaluz?
Seraf. ¿Don Narciso?
Leonor. Yo estoy muerta.
Seraf. ¡Ah, pícaro!...

Marq. El mismo es;
Don Narciso. ¿Qué os inquieta?
Leonor. Yo me muero.
Seraf. Y yo... no es fácil,
¡ah! que la risa contenga, *(Ríe).*
de ver cuán iguales corren
nuestras fortunas parejas.
Marq. ¡Cómo! ¿Qué quieres decir,
Serafina?...
Seraf. ¡Que indiscreta
te confías de tus dos
contrarias!
Marq. ¿De qué manera?
Seraf. No te aflijas, ni te enfades,
viendo que yo estoy serena,
que soy la más agraviada.
Marq. ¿Pues cómo?
Seraf. Tu amada prenda
nos cortejaba á las dos,
como á ti, con gran fineza.
Habrá un mes que entre suspiros,
congojas, llantos y quejas
se despidió de mí; luego,
á los quince días, de ésta,
y ayer de ti; con que al fin
en esta triple contienda
la menos descalabrada
ha salido tu belleza.
Marq. Yo no lo creo, pues sé
bien con el honor que piensa.

Seraf. Sin perjuicio de su honor
yo aguardo á otra que venga
dentro de otros quince días
quejándose de su ausencia;
y otra después, porque él debe
de cortejar por quincenas
á las damas.

Leonor. Yo detesto
á los hombres, y no sea
yo Leonor, si los mirare
más que para hacer perpetua
burla de ellos, y el desprecio
que merece su insolencia.
(Sale DON JORGE).

Jorge. Aquí están ya las dos copias.

Seraf. Traiga usted, Don Jorge; á verlas.
(Sale el CRIADO).

Criado. Señora...

Seraf. ¿Qué?

Criado. Un caballero
embozado hasta las cejas
en una capa blanquizca,
con botas y con espuelas
pretende hablaros, si estáis
sola.

Seraf. ¿Le has dicho que éstas
y el maestro están aquí?

Criado. Yo nada.

Seraf. Pues ve, Manuela:
mira quién es.
(Vanse MANUELA *y el* PAJE).

Leonor. Aventuras
tuyas.
Seraf. Y como sea buena
la celebraré, porque
tus pesadumbres diviertas.
Leonor. No te burles, que bien pronto
procuraré salir de ellas
tan á costa de los hombres
que...
Jorge. ¿Qué culpa les condena
tan criminal que os merecen
tan formidable sentencia?
Leonor. Así pudiera yo á todos
agarrar de las melenas
y patearlos como á usted.
Jorge. Señora... ¡Que me despeina
usted!...
Seraf. ¡Qué terrible estás!
Leonor. ¡Para que otra vez se venga
con bufonadas á mí!...
Jorge. Es demasiada llaneza
también, y un atrevimiento
sobrado en una doncella.
Dios me lo perdone, más
como otra vez la acontezca...
(Sale MANUELA).
Seraf. ¿Quién es?
Man. Señora... *(Quedo).*
Seraf. Habla recio,
que los misterios me apestan.

Man. Pues, señora, es Don Narciso
que dice que en la hora mesma
acaba de llegar.
Marq. y *Leonor.* ¿Quién?
Man. Nuestro Don Narciso.
Seraf. Venga;
que será bien recibido.
Marq. No puede la desvergüenza
llegar á más.
Seraf. ¿Le has contado
quién está aquí?
Man. Ni una letra.
Seraf. Pues retiraos; y tú dile
que entre muy enhorabuena.
Leonor. Mira que no quiero que
se me escape. (*Vase* MANUELA).
Marq. ¿Pues qué piensas?
Seraf. Haced sólo lo que os digo
que ambas quedaréis contentas.
Jorge. ¿Me escondo yo también?
Seraf. Mucho.
Jorge. Señoras, las manos quietas,
¡por Dios!...
Marq. Por cierto que estamos
ahora con ganas de fiestas.
(*Se entran*).
(*Sale* MANUELA *con el* OFICIAL).
Man. Aquí está este caballero.
Seraf. ¿Pues qué novedad es esta?
¡Dejar, acabada de

disfrutar una licencia,
el regimiento por verme!
Esto me desvaneciera
si no amara vuestro honor
yo más que vuestra fineza.

Oficial. Me era imposible vivir
sin veros. Un mes de ausencia
es demasiado martirio
para quien amā de veras.
El amor me hizo volar
aquí con tal ligereza
que parece que sus alas
le prestó á mi diligencia:
en tres días he venido.

Seraf. ¡Y que así los hombres mien-
[tan!... *(Ap.)*
¿Y os detendréis aquí mucho?

Oficial. Es imposible que pueda
estar más de cuatro días,
que mi pundonor se arriesga.

Seraf. ¡Cuatro días! ¿Y para eso
os fatigáis tantas leguas?

Oficial. ¿Qué no haré yo por gozar
de vuestra amable presencia
un instante?

Seraf. Don Narciso,
miradme bien; ¿pues siquiera
no merezco yo también
como otras una quincena?

Oficial. ¿Qué decís, señora?...

Seraf. Que
sois un grandísimo tronera
y un tuno, que me ha engañado.
Oficial. ¡Yo!...
Seraf. No, no toméis la pena
de disculparos, que yo
os perdono esta flaqueza,
pues fué harto mayor la mía
en creeros; y por ella
no habéis de perder conmigo
de todas las demás damas
el mérito que tenéis;
y soy tan amiga vuestra
como antes. Pero no todas
acaso serán tan buenas
como yo, y quizá Leonor...
Dila que salga, Manuela.
Oficial. Pues qué ¿está aquí?
Manuela. Casualmente. *(Vase).*
Oficial. *(Ap.)* Me cogieron entre puertas.
¡Fuerte lance! Pero buen
ánimo, chico, y á ella.
Seraf. Valor, mi oficial.
Oficial. Señora,
ya que á tales bagatelas
esa grande alma de usted
es tan superior, quisiera
no me embarace, á lo menos,
que disculparme pretenda
con Leonor.

Saraf. ¿Yo embarazaros?
Antes seré la primera
que os ayudará á engañarla.
Oficial. Señora, ¿va eso de buena
fe?
Seraf. Vos conoceréis toda
mi sinceridad: ya llega.
(*Salen* LEONOR *y* MANUELA).
Oficial. No hay adivino, madama,
como el amor; yo os hubiera
en vano buscado en otra
parte, y él me trajo á ésta.
Leonor. Si el amor fuera adivino
no creo yo que os trajera
aquí.
Oficial. ¿Por qué no, señora?
¿Pudo alguna mala lengua
informaros contra mí;
ó quince días de ausencia
han bastado para haceros
infiel conmigo?
Leonor. ¡Hay paciencia
para oirle! Don Narciso,
no hay cosa que más me ofenda
que el oir mentir á un hombre.
Rompamos la amistad nuestra
sin ruido, y sin que mi fama
y vuestra opinión padezcan:
yo os conozco ya bastante
para quereros de veras,

y os estimo ya muy poco
para que el desaire sienta.
Oficial. ¡Señora!...
Seraf. Bien claro os habla;
no sé qué dudáis.
Oficial. Manuela...
Man. Señor...
Oficial. Di; ¿qué significa
esto?
Man. No estoy bien impuesta
yo; pero según parece
alguien les ha hecho que crean
á estas señoras, que usted,
en lugar de Cartagena,
ha estado de guarnición
en casa de la Marquesa
del Sotillo.
Oficial. ¡Qué mentira!
¿Y quién fué de tan perversa
fábula inventor?
(Sale la MARQUESA).
Marq. Yo, ¡falso!...
¿Es fácil que me desmientas
á mí también?
Man. Mi Oficial,
aquí de la fortaleza.
Marq. Responde, responde...
Oficial. Yo,
señora, no hallo respuesta.
Vuestras razones y vuestro

respeto el labio me sellan,
y tomar la posta es
el recurso que me queda.

Marq. ¿Irte? No harás tal. *(Le agarra).*

Man. Dejadle,
pues se acabó la licencia
de mentir aquí, que vaya
donde otras bobas le esperan.
(Sale el ABATE).

Abate. ¿Está ya mejor madama?
(Sale DON JORGE).

Jorge. ¡Hombre! ¿Está usté ya de vuelta?
¿Usté es loco? *(Al Oficial).*

Oficial. Sí, señor;
y hará bien si no se acerca.

Abate. Caballero, bien venido:
¿deja usted por esas tierras
muchas novedades?

Oficial. Una
grande.

Abate. ¿Podemos saberla?

Oficial. Que á un Abate algo indiscreto
le rompieron la cabeza
por hablador.

Abate. Hizo mal.

Oficial. No gusto de cuchufletas.

Seraf. Abate, no le enfadéis
porque es hombre muy de veras,
especialmente entre damas.

Oficial. No hay que volver á la cuenta,
y si no, aquí está: yo dije
que se acabó la licencia,
y la prórroga callé
que tengo en la faltriquera.
Dije á las dos que os quería,
y no mentí en mi conciencia,
porque yo quiero más, siempre,
á la que tengo más cerca.
Empeceme á despedir
un mes ha, en inteligencia
de que es preciso dejar
un hombre á todas contentas,
y erais muchas; sobró tiempo,
y volvía á dar la vuelta
con grande afición á todas;
pero amor, aunque sea mengua
en un soldado decir
que le han herido las flechas
de Cupido, sólo á
mi señora la Marquesa,
por otros fines, que para
mejor tiempo se reservan.
Seraf. ¡Hola!
Marq. No seas maliciosa;
porque acabada la guerra
ya, y único de su casa,
nuestros parientes desean,
y nosotros más...
Oficial. Señora...

¡Por Dios!

Marq. ¿Qué pensaban ellas?
¿Poder más que yo? Me caso
con él. Ya os he dado cuenta.

Seraf. Nos damos por avisadas
al desposorio, la cena,
á la comida, al refresco
y á cuantos festines tengas.

Jorge. Si usía me hace merced
yo correré con la orquesta.

Abate. Y yo les casaré á ustedes
si á que me ordene se esperan.

Man. ¡Pobres novios! *(Sale un* CRIADO).

Criado. La comida,
señores, está en la mesa.

Seraf. Vamos á comer alegres.
Dad la mano á la Marquesa,
pedidla perdón, y todo
en diversión se convierta.

Leonor. ¡Buen provecho!

Marq. ¿Oyes, qué dices
tú?

Leonor. Que buena maula llevas.
Bien puedes tenerle atado
como un perro á la cadena.

Oficial. Mal nos conoce usted, niña.
Mientras joven y soltera
la gente de tropa, es fácil,
inconstante y lisonjera;
pero en llegando á casarse,

no los hay con sus parientas
más gurruminos, más fieles,
ni que mejor las diviertan.

Marq. ¿Cierto?

Man. Ya lo verá usía
mi señora la Marquesa.

Seraf. Vamos, hijas; y tú en tanto
prepáranos una nueva
tonadilla que nos cantes.

Man. Eso corre de mi cuenta.

Todos. Y de todos el pedir
perdón de las faltas nuestras.

FIN

LOS PANDEROS

LOS PANDEROS

INTERLOCUTORES

PANTALEONA.	BERNARDO.
SILVERIA.	PERICO.
CALIXTO.	TANISLAO.
TÍO SANGUIJUELA.	DOÑA PACA.
ROMERO.	RUANO.
AMBROSIO.	GALVÁN.
RAFAELA.	NICOLASA.
ESTÉFANA.	CATALINA.
ANGUSTIAS.	DON PASCASIO.
OLALLA.	

Casa pobre. En el foro habrá dos mesillas ordinarias, con sillas de paja iguales. Manteles, unos limpios y otros no. Varias sillas chicas, viejas, de paja, repartidas; y en dos estarán sentadas PANTALEONA *y* SILVERIA, *encintando un pandero, y* CALIXTO,

retirado á un lado, pintando otro, con dos cazuelas de colorines y brocha. Todos de majos de Lavapiés, etc.

Calix. La cäeza me cortara
si en todos los cuatro barrios
saliese esta primavera
pandero mejor pintado.
Pant. Como que lo pintas tú.
Oyes, y mira estos lazos
que también se pintan solos.
Silv. Si sois la honra de los majos
los dos.
Pant. Y tú la honra chica
de todo lo resalado.
Calix. Pantaleona...
Pant. ¿Qué?
Calix. ¿Sabes
de qué color son los rayos
del sol?
Pant. Verdes y amarillos.
Calix. ¿Y los ojos?
Pant. Azulados.
Calix. Como los tuyos. Benditas
las almas que los pintaron,
amén, para laborintio
de todo el género humano.
Pant. ¿Y para qué lo preguntas?
Calix. Porque, aunque yo no he cursao
la Cademia, ni jamás

tomé pincel en la mano,
en diciendo yo allá voy
con cuanto quiero me salgo.
Voy á pintar aquí en medio
del pandero un sol dorado,
que ha de dar más golpe á todos,
que el mismo sol, y debajo
he de poner una copla.

Pant. ¿Qué copla?

Calix. La estoy pensando...
Esta es güena... Ya la tengo.

Pant. y *Silv.* Dila.

Calix. Ya se me ha olvidado.

Pant. ¡Por vida de!...

Calix. ¡Güena era!...
Ya me acuerdo. ¡Chis!

Los dos. ...Oigamos.

Calix. Váyase noramala
este sol que ves,
en comparanza de otro
que hay en Lavapiés.

Pant. ¿Y quién es ese sol?

Calix. ...Tú,
bestia. ¡Que teniendo tanto
entendimiento, al instante
no lo hubieses penetrao!
(Sale el TÍO SANGUIJUELA *en chupa y gorro, arremangado de brazos, con mandil, y jofainas en las manos).*

Sang. En la vida la cuajada

me salió como este año.

Calix. Tío Sanguijuela, ¿y hay mucha?

Sang. Diez azumbres he cuajado
de leche.

Sil. ¿Y para qué son
esas jofainas?

Sang. No hay platos
bastantes, con que es preciso
que de todo nos valgamos.

Pant. ¿Y quién quiere usted que coma
ahí la cuajada? ¡Qué asco!

Sang. ¡Qué asco! Las más petimetras,
con sus cucharas de palo
son las primeras que meten
en las jofainas la mano.
Además que la una es nueva
y la otra la he fregado.
¡Toma! Parecen dos cuencos
de china, mal comparaos.
(Las pone sobre las mesas).
(Salen ROMERO *y* AMBROSIO *con la* RAFAELA, *que traerá también su pandero: todos de majos).*

Los tres. Buenos días, caballeros.

Romero. ¿Cómo va aquí de trabajos?

Pant. Grandemente.

Calix. Mira, chico,
qué pandero estoy pintando.
¿Qué tal?

Romero. Está de buen gusto.

Calix. Di qué te parece; vamos,
sin lisonja.
Romero. ¿Sin lisonja?
Me parece un mamarracho.
Pant. Pues hágalo usted mejor.
(Se levanta).
¡El demontre del maestrazo!...
¡El de su moza de usted
es bueno! Ni en ocho cuartos
le tomara yo.
Silv. Mujer,
calla. ¿No ves que es de trapo?
Calix. Vergüenza es que entre en concejo
con los panderos del barrio.
Raf. ¿Ves si decía yo bien
que quería otro más guapo?
Romero. ¿Y á qué viene la pintura,
cascabeles y cintajos?
Para nada. ¿Qué es pandero?
Un buen pellejo estirado
sobre cuatro palitroques
á la manera de cuadro.
Pues si eso lo tienes, gracias
á Dios, ¿qué me estás mareando?
Lo que en la ocasión requiere
el estrumento, son manos;
que lo demás se lo pone
la que no sabe tocarlo.
Pant. ¿Que no lo sé yo tocar?
Tuve yo un padre, en descanso

esté su alma, que gastó
más de sesenta ducados
en enseñarme á tocar
el pandero. Ayer llevamos,
por cierto, al santo hespital
mi maestra, que era el pasmo
del tocar y del cantar
en el Lavapiés y el Rastro.

Raf. ¿Y cómo está?

Pant. Mejorcita.
Dice el señor cerujano
mayor, que como es buen tiempo,
puede que vaya tirando;
pero que antes de ocho días
estará en el Campo Santo.

Sang. Amigos, sin ceremonia,
¿queréis cuajada ó un trago?
que de todo hay, á Dios gracias.

Romero. Después; que ahora es trem-
[pano.

Calix. ¿Y hay mucha gente?

Romero. Bastante.

Raf. En casa de Mari-Cascos
ya han empezado á vender.

Sang. Voy á poner, de contado,
á la puerta de la calle
mi cortina de damasco;
y armad vosotras el baile
que servirá de reclamo. *(Vase).*

Pant. Vamos á dar cuatro vueltas,

á ver qué gente topamos,
primero, por esas calles,
que tiempo queda sobrado
para bailar.

Calix. Me conformo.

Todos. Y todos nos conformamos.

Silv. Trae las mantillas, Calixto.

Pant. Ahora no vienen al caso:
vamos en cuerpo á lucir
los panderos y los garbos.

Romero. Tiene razón.

Calix. Aguardad
que yo recoja estos trastos,
y ponga mi obra en paraje
bien seguro y reservado
donde no la llegue el polvo
ni me la ensucien los gatos. *(Vase).*

Romero. Trae la capa, de camino,
que el gusto es ir separados
de vosotras, y si llega
algún petimetre á hablaros,
sacarle algunas peludas,
y cuanto más engolfado
esté el baboso, llegar,
coger la suya de un brazo
cada uno, con mucho modo,
y dejarle allí clavado,
más serio y más frío que
la estauta nueva del Prado.

Todos. Dices bien. *(Sale* CALIXTO).

Calix. La capa es chica;
pero á bien que ya es verano.
Pan. Tío Sanguijuela, cuenta
con la casa, que nos vamos.
Sang. *(Dentro)* Vayan ustedes con Dios.
Silv. Oyes, ¿y hemos de ir tocando?
Pant. ¡Mucho! Si han de aturdir las
seguidillas que estrenamos.

(Seguidillas majas)

Por huir de chismosas
en el Lavapiés
me he mudado á la calle
de Santa Isabel:
que es calle ancha
y allí naide murmura
que entre ni salga.

Vanse tocando y se muda el teatro en calle, cayendo el telón delante del de casa pobre, sin mudar las mesas, y al mismo tiempo se verá una casa-puerta. Saldrá el tío Sanguijuela, y con una silla colgará su cortina de damasco encarnado, según se estila. Los que sobren de la compañía, aunque no tengan versos, se pasearán en el traje que les acomode; y salen de majas, en cuerpo, con ricos panderos ESTÉFANA,

ANGUSTIAS *y* OLALLA, *y con ellas* BERNARDO, PERICO *y* TANISLAO.

Sang. ¡Señores!... ¡A la cuajada
rica y al buen vino blanco!
(Se entra).

Bern. Si es una provocación...

Estef. ¿Y qué? Sobre que me ha dado
la regana de venir
á ver todo el aparato
y el pandero de la tal
Pantaleona. Y cuidiao
conmigo, como ella chiste
donde nosotras estamos.

Tanis. Dice bien; nenguno manda
en la calle.

Bern. Tanislao...
¿Y que tú hables de ese modo
delante de éstas? Lo extraño
en un hombre como tú
que tal cual has estudiado
diez meses en la cartilla
y uno en el Catón cristiano.

Perico. Si ellas quieren divertirse,
¿qué puede haber aquí? ¿Palos?
¿Y que los den? ¿Serán los
primeros que hemos llevado?

Bern. Perico, cuando se llevan
con honra, yo sé aguantallos
también como el que mejor,

porque tengo hecho á trabajos
el cuerpo, como nenguno.
Mira tú si me he doblado
en diez años de arsenales;
y cuenta que he trabajao
como el que más; y allí sí
que se sacude con garbo;
pero exponerse los hombres
á matar á tres ó cuatro
por dar gusto á una mujer
provocativa, yo no hallo
que es pulítica nenguna.
Clarito.

Estéf. ¿Quieres un cuarto y callar?

Bern. ¿Quieres dos coces y que á casa nos volvamos?

Angust. ¡Eh! ¡Que siempre habéis de estar gruñendo como el marrano!...
El que no quiera venir
el camino tiene ancho
para que se vuelva.

Tanis. Angustias, yo bien quiero ir.

Angust. *(Le coge).* Pues vamos.

Olalla. ¿Y tú te quedas ó vienes?

Perico. Yo haré lo que haga Bernardo.

Olalla. También yo haré lo que estotras, que es irme por ahí paveando,

y dejarte para siempre,
cara de Comisionado.

Bern. Callemos, que va viniendo
gente de modo, y en algo
se han de conocer los hombres.

Estéf. Chicas, panderos en alto,
la voz fuerte, y el que rabie
que se tire dos bocados.
(Se ponen al lado derecho á cantar con los panderos; los mirones detrás; y por el otro lado salen DOÑA PACA *con* RUANO *y* GALVÁN, *de petimetres; ella de mantilla).*
(Otras seguidillas majas).
Las del Avapiés juzgan
que son muy majas
y al Barquillo le piden
la sal prestada.
Dime á qué hora
pasarás por la calle
y estaré pronta.

Galván. Si usted pretende ver mozas
allí las tiene cantando.

Paca. Gracias á Dios que encontré
la horma de mi zapato.
Me muero por estas majas.

Ruano. Pasemos al otro lado
y las verás de más cerca,
hija mía.

Paca. Ya callaron.

Ruano. En dándolas cuatro reales
cantarán cuanto queramos.
Galván. Y si no, aquí hay dos medallas.
Paca. ¡Sóplate ese huevo!
Galván. ¡Claro!
A donde hay dificultades
este es el único atajo.
(Sale el tío SANGUIJUELA).
Sang. ¡A mi cuajada!... Señores...
¡Que me están ahí estorbando!...
Escojan otro lugar
más arriba ó más abajo
que la calle bien larga es.
Paca. Sí; que le estamos quitando
la venta al pobre.
Galván. ¿Queréis
cuajada?
Sang. No la ha probado
nadie.
Paca. ¿Y está limpia?
Sang. Blanca
lo propio que un alabastro,
tierna como una manteca,
y dura como un peñasco.
Ruano. ¡Qué explicación!
Galván. ¿Y hay azúcar?
Sang. No, mas la traerán volando,
que cerca hay confituría.
Paca. Pues puede ser que volvamos
en dando por ahí dos vueltas.

Ruano. Allí viene Don Pascasio
con sus prendas.
Paca. No mirar
que ahora no quiero hablarlos:
demos la vuelta á la esquina.
Galván. ¿No será mejor entrarnos
á comer cuajada?
Sang. Sí,
señores, vayan entrando.
Y desocupen ustedes
la puerta.
Angust. En eso pensamos.
(Se entran los tres petimetres por la puertecilla; detrás tío SANGUIJUELA. *Los seis majos quedan en concejo, y salen por el otro lado de petimetras de mantilla* DOÑA NICOLASA *y* DOÑA CATALINA *con* DON PASCASIO, *de usía de capa).*
Pasc. Por hacia aquí hay menos gente.
Catal. Lo que no hemos encontrado
es algún baile.
Pasc. A la tarde
los hallaremos sobrados.
Nicol. Tomemos aliento un poco
que es mucho lo que me canso
con estos diantres de piedras.
Catal. Está muy mal empedrado
el Avapiés.
Angust. (Al pasar). ¡Qué dolor,

que no tenga usted más brazos
que emplear!

Pasc. Si tú también
me quieres venir honrando,
echa delante ó detrás,
porque yo tengo tan ancho
corazón, que hay para todas.

Majas. ¡Viva ese corazonazo!

Angust. ¿Nos da usted para un pandero,
señor?

Pasc. ¿Pues no tenéis harto
con los tres?

Angust. Por si se rompe
alguno; y si no, habrá cuatro.

Pasc. Permitid que les dé un duro.

Nicol. Dadlas dos; pero en cantando
unas cuantas seguidillas
de buen aire, y á lo majo.

Pasc. Ya lo oís. Aquí está pronto
el premio. ¡Vaya con garbo!

Estef. Señor ¿y nos dará usted
algo más si las bailamos?

Pasc. Otros dos duros. Mirad
qué doblón tan bien dorado.

Perico. A él, muchichas. Toma; guarda
los capotes, Tanislao.

Bern. Dios quiera que esta función
no finalice á porazos.

(Cerca de la puertecilla se ponen á bailar ESTÉFANA *y* ANGUSTIAS *con*

PERICO *y* TANISLAO; BERNARDO *carga con las dos capas de los que bailan, ó sentado sobre ellas, toca otro pandero. A la última repetición de seguidilla salen los seis majos del barrio, y se quedan en observación con gesto de impaciencia. Música).*

Las del Lavapiés juzgan, etc.

Pant. Calixto, aquellas mujeres
creo que no son del barrio.

Romero. Ni ellos tampoco son.

Calix. ¡Toma!
Si es la Estéfana del Chato,
y la Angustias del Barquillo,
con la Laya, el presidario,
Perico y el Extremeño.

Romero. ¡Pues!...

Pant. La desvergüenza alabo.

Silv. No pudieran en su casa
ponerse con más descaro
á divertir.

Pant. ¡Ea! Niñas,
hoy es día de sopapos.

Las otr. Vamos allá

Estef. Caballero,
ya está usté servido.

Pasc. Aguardo,
á que bailes otro par
de seguidillas.

Ellas. Pues vamos.

Pasc. Que el doblón de oro, ofrecido
para otro pandero chairo
y dulces, aquí está pronto.
(Le enseña).
Pant. Mejor estará en mi mano.
(Le coje).
Pasc. ¡Hola! ¿Qué es esto?
Angust. ¡Ah, ladrona!
Pant. Poca bulla y dicharachos,
que aquí las ladronas son
ellas que están estafando
á las gentes.
Silv. Barquilleras
por fin.
Angust. Y nos alabamos
de serlo. Yo soy la más
endeble de todo el barrio,
y si quieren, una á una,
salir á probar el brazo
ó todas juntas, verán
qué breve que me las mamo.
Silv. Aguarde usté. *(Sacando el pie).*
Pant. ¿Qué haces, chica?
Silv. Pisar este escarabajo.
(Hace el ademán).
Pant. ¿Por qué no sale mi sá
doña Estéfana? Ese pasmo
de las mozas del Barquillo,
ese asombro de lo majo,
ese verbo y gracia de

el atractivo, ese estanco
de la sal, esa fegura
de resortes de fandango.
Si es mujer, que salga.

Estef. Es mucha
mujer la que tú has mentao;
y para tan poca pringue
no se ensucia ella las manos.
(A la ANGUSTIAS).
Anda, chica, y de mi parte
dale á cada una un abrazo,
y aprieta poco; no más
que cuanto eche los livianos
por la boca.

Pant. Pues que venga.

Catal. Vamos de aquí, Don Pascasio;
que riñen.

Pasc. Mejor es esto
que una fiesta de teatro.

Estéf. ¿Por quién queda?

Pant. Por vosotras,
gallinazas.

Estéf. Llegó el caso,
muchachas.

Tans. ¡A ellas!...

Otras. ¡A ellas!...

(Se pelean. Doña Nicolasa y Doña Catalina se desmayan).

Nicol. ¡Ay de mí! Yo me desmayo.

Bern. Chicas, suspended las iras,

que ha sucedido un fracaso.

Pasc. ¡Señoras! No habrá una casa
donde meterlas en tanto
que vuelvan en sí?

Bern. Aquí hay una.

Pant. En esa sólo yo mando.
(A ROMERO *y* AMBROSIO).
Ayudad á ese señor
á conducillas, muchachos.
Vete tú también por si
se les ofreciese algo
(A la RAFAELA *y se las llevan).*
que para escarmentar bien
á las tres, las dos sobramos.

Estef. ¿Cómo las dos?

Bern. Poca bulla;
que es mengua que estén mirando
seis hombres reñir sus mozas,
sin meter paz, y tomarlo
de su cuenta.

Calix. Dice bien:
no había yo caído en tanto.

Bern. Saldrán los dos, y yo sólo
les daré su sepan cuántos
á los tres, en cuanto queden,
no más, bien descalabrados;
luego irán á que les dé
dos puntos el cerujano;
éstas irán detrás de ellos
á llevar hilas y trapos,

y nosotros volveremos
á comer á nuestro barrio.

Calix. Compadre...

Bern. ¿Qué manda usted?

Calix. Quien es hombre para tantos
mejor lo será para uno:
yo soy chico, usted es alto;
üsté muy hombre; yo nada:
ponga usted en aquel lado
su capita; yo en este otro:
reñiremos mano á mano;
le sacaré á usted las tripas;
si no es cosa de cuidado,
se le curará en mi casa;
si lo es, le llevaré al santo
hespital en una silla;
confesará sus pecados,
se morirá, y quedará
de mi cuenta el enterrarlo.

Pant. ¡Viva mi Calixto!

Estéf. ¿Y tú
consientes que un renacuajo
te provoque?

Bern. De un cachete
le he de dejar aplastado.

Calix. Ahora lo veremos.

Estéf. Dale
por arriba.

Pant. Por abajo.

(Riñen BERNARDO *y* CALIXTO *á puña-*

das: CALIXTO *le echa la zancadilla y tumba á* BERNARDO; *van llegando* PERICO *y* TANISLAO, *hace lo propio, y luego se pone sentado sobre ellos. Este juego ha de hacerse muy breve, y cada corro de mujeres animando su parte. Saca la cabeza* ROMERO *por la ventanilla que habrá sobre la puerta y dice los versos siguientes; recojen todos los despojos y se entran en la casa precipitados).*

Romero. Calixto. Mira que viene
allí un Alcalde.
Tanis. Muchachos,
que viene una ronda.
Calix. Adentro
todos muy disimulados.
Estéf. Quedaste bien.
Bern. No he querido
hacerle mal.
Todos. Vamos, vamos.

Se entran. Vuélvese á descubrir la casa pobre. DOÑA PACA *con los suyos á una mesa comiendo cuajada: luego sale* DON PASCASIO *con sus damas, ya recobradas, y después todos.*

Sang. Señores, ¿qué tal está

la cuajada?

Ruano. Yo me lamo
los dedos.

Paca. No está malita.

Sang. Las señoras del desmayo
volvieron en sí con medio
cuartillo que se soplaron.
(Sale DON PASCASIO *con las dos).*

Pasc. Hasta recobrarse bien
no salir de aquí.

Nicol. Yo me hallo
ya tan fresca.

Catal. Yo también.

Galván. ¡Fuerte empeño, Don Pascasio!

Paca. Gracias á Dios que mejora
sus horas.

Sang. Señoras, ¿saco
cuajada?

Pasc. Dejad primero
que se sosieguen un rato.
(Salen los majos).

Sang. ¿Qué bulla es esta?

Calix. Callad
que la Justicia picando
nos viene la retaguaria.

Sang. ¡Jesús la gente que ha entrado
aquí!

Pant. Gentes del Barquillero
que han venido á provocarnos.

Bern. No hay tal cosa.

Calix. Ya vinieron,
ya nos hemos aporreado;
pues haya paz y concordia,
y ahora vamos bailando
aquí, que allá bailaremos
cuando pase por su barrio
la procesión. *(Le da las manos).*

Bern. Desde ahora
á todos os convidamos.

Majos. ¡Que viva!...

Galván. Vaya, muchachas,
echad al aire esos garbos,
que esta señora lo pide
y yo os daré un agasajo.

Pant. Que bailen esas señoras
primero, que aunque seamos
aquí unas probes, también
nacimos y nos criamos
en Madril, para saber
cortesía.

Catal. Yo no bailo.

Paca. Pues yo sí, como me saquen.

Calix. Si usted gusta yo la saco.

Romero. Y yo á usted.

Nicol. Saldré por no
dejar á usted desairado.

Estéf. ¿Qué tal? ¡Cómo buscan á
á las usías nuestros majos!

Pant. Luego saldrán los usías
con nosotras, y empatados.

Paca. Unas buenas seguidillas,
chicas.
Angust. ¿De prisa ú despacio?
Paca. Como quisiéreis, que yo
al son que me tocan bailo.
(Cantan quedo, y bailan DOÑA PACA *con* CALIXTO, *y* DOÑA NICOLASA *con* ROMERO. *Después de la primera seguidilla dicen recio las majas sin dejar de tocar):*
Estéf. Mira qué salero aquel
de la más chica.
Pant. Cuidiao,
que la otra desaborida
también quiere arremedarnos.
Paca. ¿Qué dicen ustedes?
Majas. Nada.
Angust. Que vivan esos garbazos.
Paca. Digo ¿se burlan ustedes?
Paren ustedes un rato.
(Dejan de tocar).
¿Discurren que yo soy sorda
ó ciega, y que no reparo
y oigo sus habladurías?
Pues cuenta que si me enfado,
como yo suelo enfadarme,
ó si me quito un zapato,
en quince días quizás
no despegarán los labios.
Pant. ¿Y con escofieta y guantes

había usía de azotarnos?

Angust. ¡Agua va!

Paca. ¿Lo queréis ver?
¿Os parece que debajo
de todo este tren de seda
no hay un corazón más majo
que todos cuantos ocultan
el saetín y el calimaco?
Más quiero yo una camorra
que un paseo y un sarao.

Pant. No lo dudo; mas si á usía
ahora le ha venido el flato
de salir de aquí arañada
sobran uñas en el barrio.

Paca. Que si quieres acitrón,
y era un cuerno empapelado.

Pant. ¿Lo queréis ver?

Paca. ¿Por qué no?

(A embestir se para. Suena el tambor dentro).

Ruano. Chica...

Bern. Que se va acercando
la procesión.

Pasc. Vamos ahora
á verla.

Paca. ¿Y en qué quedamos?
¿Hemos de reñir ó no?

Pant. ¿Qué reñir? Me ha enamorado,
como hay San, esa guapeza;
y daría los dos brazos

por ser su amiga.

Paca. Yo siento
se haya esta fiesta acabado.
(Tambor).

Ruano. Que la procesión se acerca.

Pasc. ¿Hay más que después volvamos,
traer comida de la fonda,
y pasar el día bailando
con las majas para dar
á madama ese gustazo?

Paca. Me conformo.

Nicol. Pues nosotras
con ustedes nos quedamos.

Todos. Mejor.

Paca. Gran día tendremos.

Galván. Hasta después.

Estéf. Entretanto,
nosotras nos quedaremos
una tonada ensayando.

Pasc. Con que tenga fin la idea,
ínterin que preparamos
obras de mayor empeño,

Todos. que merezcan vuestro aplauso.

FIN

LA FUNCIÓN COMPLETA

La función completa

INTERLOCUTORES

DON SEVERO.
DOÑA SEBASTIANA.
DOÑA ELENA.
DON JORGE.
LA VIUDA.
DON LOPE.
DOÑA LUÍSA,
DOÑA NICOLASA.
DOÑA JUANA.
DON LUÍS.
DON VICENTE.
DON PACO.
DON GASPAR.
DON AMBROSIO.
DON ALFONSO.
DON JOSÉ.
DON CRISTÓBAL.
DOÑA MARIQUITA.
DOÑA JACINTA.
DON EUSEBIO.
DON PEPE.
LA MATRONA.
MANUELA.
PAJE.
TRES CIEGOS.

No hablan don Paco, don Gaspar, don Pepe y uno de los ciegos.

Salón iluminado con araña de palo y cornucopias, cuyas luces estarán acabándose, de suerte que se hayan de apagar

luego, y alguna astilla en las luces de la araña que parezca que arde el mechero ó mecheros á los cuatro minutos de empezar la fiesta. Estarán bailando contradanza abierta DOÑA SEBASTIANA, DOÑA LUISA, DOÑA NICOLASA, DOÑA JUANA *y* MANUELA, *con* DON LUIS, DON VICENTE, DON GASPAR, DON PACO, DON AMBROSIO *y el* PAJE. *Tres* CIEGOS *al foro con dos violines y un violón. La* VIUDA *hablando con* DON LOPE *de petimetre serio, sentados á un lado; cerca* DOÑA ELENA *sentada en una silla poltrona, muy acalorada.* DON JOSÉ, DON ROQUE *y* DON ALFONSO *al otro lado, sentados á un brasero de pie.* DON CRISTÓBAL *andará de bastonero alrededor de los que bailan,* DON SEVERO, *mirando á las luces de cuando en cuando, se paseará con mal gesto, y sin cesar el baile dirá:*

Severo. ¡Si por permisión de Dios
se les quebrasen las piernas
á tres ó cuatro, á ver si
se cansaban de dar vueltas!
Cristób. Don Severo, mande usted
que saquen una botella
de vino para los ciegos,
que ha rato que no refrescan.
Severo. Un veneno... ¿Me hace usted,
Don Alfonso, la fineza

de ver qué hora es?

Alfon. Temprano;
poco más de doce y media.

Severo. Ya es hora de recojerse,
me parece... Cuando quieran
ustedes pueden decir
á madamas, que las fiestas
en trasnochando, producen
más que diversión, molestia,
y llevárselas.

Alfon. Yo, á trueque
de que Juana se divierta
me estaré aquí hasta mañana.

José. Una preguntilla suelta;
aquí, hablando entre nosotros,
Don Severo, ¿tenéis cena
prevenida?

Severo. Nó, señor;
si á usted el hambre le aprieta,
ya se puede ir á cenar
á su casa.

José. No creyera
de vos tal cicatería.
¿Quién tiene en Carnestolendas
baile sin ambigú?

Severo. Yo.

Jorge. Mi pobrecita parienta,
si que estará ya cansada.

Severo. Sí; ya puede ser que quiera
irse.

Alfon. ¿En cuánto tiempo está?
Jorge. Está ya fuera de cuenta.
Severo. ¡Hombre! ¿Qué me dice usted?
Jorge. Amigo, ¡qué bueno fuera
que ahora le diese la gana!...
Severo. Hombre, cargue usted con ella
cuanto antes.
José. Pues no la fío,
porque ha rato que está inquieta
y encendida.
Jorge. Voy á ver...
si tal cosa sucediera
habíais de ser el padrino.
(Va á DOÑA ELENA).
Severo. Antes ciegues que tal veas.
¡Tener yo niños, y ando
buscando yo quién me tenga!
Jorge. Hija, ¿tienes novedad,
ó algún dolor?
Elena. Estoy muerta:
mira si ha venido el coche.
Jorge. ¡Dios te la depare buena! *(Vase)*
Cristób. Ved aquí por qué son malas
las contradanzas abiertas,
que no tengo á quien sacar
en acabándose esta,
porque están todas cansadas.
Severo. Mejor; que de esa manera
se podrán ir todas juntas
á descansar, y me dejan

descansar á mí.

Cristób. Yo haré
que jueguen juegos de prendas,
ó canten, porque es preciso,
que dure hasta que amanezca.

Severo. No es preciso tal; y ved,
amigo, que no hay más cera
que la que arde.

Cristób. De ese modo
pronto estamos en tinieblas.
Sacar sebo.

Severo. Tanto sebo
tengo yo como manteca.

Elena. ¡Ay!...

Severo. ¿Qué es eso?

Elena. Un dolor que
la cintura me atraviesa.

Severo. ¡Malo!... ¿Don Jorge, ha venido
el coche ya? *(A* DON JORGE *que sale).*

Jorge. Ni lo sueña.

Todos. ¡Que dure!...

Luis. Mudar figura,
y empecemos otra vuelta.

Severo. Hombre, diga usted que es tarde.

Alfon. ¡La viuda qué tal que pela
la pava con el letrado!

José. Estas viudas son tremendas,
y como saben de tiempos
de abundancia y de miseria,
en viendo la suya, nada

que pillan desaprovechan.
Jorge. ¿Estás algo mejor?
Elena. Nada.
Lope. ¡Eh! Que la araña se quema.
Severo. Muchacha, la caña.
Paje. Allí
está, detrás de la puerta.
Sebast. Basta, que si nos cansamos
todas, se acabó la fiesta.
(Dejan de bailar).
Vicen. Bravamente se ha bailado.
Ambros. Yo he de poner una nueva
luego.
Severo. ¿Dónde?
Ambros. Aquí.
Severo. Es que aquí
es preciso que fenezca
la función, porque tenemos
á esta señora indispuesta.
Sebast. Pues, mujer, ¿por qué no avisas?
¿Qué tienes?
Elena. No sé.
Sebast. ¿De veras
estás mala?
Jorge. Unos dolores
que dice que la penetran
de parte á parte.
Elena. ¡Ay, Jesús!...
Jose. Quizá puede ser que sea
necesidad.

Severo. ¿Quiere usted
un vaso de agua?
Jorge. Si hubiera
un caldo...
Severo. En el hospital.
Sebast. Ves allá dentro, Manuela,
y sácala algo.
Man. ¿Qué es algo?
Sebast. Cualquier cosa que tú quieras.
Man. Está muy bien; deme usted *(Fis-*
[gando).
la llave de la despensa.
Sebast. Tú la tiénes.
Man. ¿Desde cuándo?
Sebast. Esta tarde, majadera,
¿no te la di?
Man. No me acuerdo.
Sebast. Buscarla por allá fuera.
Severo. Lo mejor es que no hay nada
(Aparte).
que sacar, aunque parezca.
Man. Sobre que yo no la encuentro. *(Ap.*
[las dos).
Sebast. Dí que no la hallas; calienta
el guisado, y en un plato
sácale algún par de presas.
Man. Pero el caso es que no hay lumbre.
Sebast. Que se aguarde, y encenderla.
Man. Si no hay carbón.
Sebast. ¿Dos arrobas

has gastado? No hay paciencia
contigo.

Man. Deje usted que haya
otra que á usted la sufriera.

Sebast. Calla, yo te enviaré lumbre;
búscala, y si no la encuentras
(Recio),
haz lo que te he dicho.

Man. Vamos
á fingir negocio *(Aparte)*.

Vicen. Cuenta
que en todas las contradanzas
usted es mi compañera *(al paso)*.

Man. Ya me lo han dicho.

Vicen. ¿A qué hora?

Man. Mírelo usted en la puerta
del Sol, cuando se retire,
á la luna de Velencia.

Sebast. Vamos, habladora.

Man. Voy.

Sebast. ¡Jesús! Que se está la pieza
abrasando.

José. Yo quería
suplicaros que trajeran
aquí más lumbre.

Sebast. ¡Qué lumbre!...
Muchacho, saca allá fuera,
á la cocina, el brasero,
que luego, con las cabezas
calientes, salir al frío,

es la cosa más enferma
del mundo.

José. Eso para ustedes,
que bailando se calientan
los pies.

Sebast. Haz lo que te mando.

Paje. Al punto, señora.

José. Suelta,
hijo, que aquí no incomoda.

Paje. Pues si mi ama lo ordena.

José. Si es chanza.

Sebast. Pues por lo mismo
de la chanza, he de hacer tema.
Llévatelo.

(Se lleva el brasero el paje).

Luis. ¿En qué pensamos?

Severo. Hija, en que espiran las velas.

(Aparte).

Sebast. Sacar otras.

Severo. ¿Si? Pues daca
la llave de la despensa.

Sebast. ¡Qué bufonada!... ¿Y tú, hija?

Jorge. Parece que se sosiega.
¿Te quieres vnir á pie?

Severo. Sí, que el ejercicio abrevia
y facilita.

Viuda. Si no,
mi coche tiene á la puerta.

Jorge. No, señora, mejor es
que vaya andando.

Severo. Manuela,
saca una mantilla para
mi señora Doña Elena.
Viuda. Y yo también, hija mía,
me marcho con tu licencia,
que ya es tarde.
Sebast. ¿A qué has venido?
Viuda. A disfrutar de tu buena
compañía, y la de todas
estas señoras.
Sebast. Si fuera
yo satírica, diría...
Viuda. ¿Qué dirías?
Sebast. Que no mientas;
pues si no el señor don Lope,
no tienes quien te agradezca
la compañía en la sala.
Viuda. ¡Jesús, y qué mala lengua
tienes, mujer!... El señor
ocupó aquella silleta
casualmente.
Sebast. Y casualmente
traía cortada tela
para hablar contigo toda
la noche.
Luisa. ¡Qué brava vuelta
nos habrán dado!
Viuda. Yo veo
que ustedes tampoco huelgan
en el rato que no bailan;

ni mientras bailan lo dejan,
si me apuran. El señor
ha tenido la paciencia
de darme conversación,
y que la tiene muy bella,
ciertamente.

Lope. Usted me honra;
mas nada hay que me agradezca,
porque como yo no bailo,
en cualesquier concurrencia,
paso el rato hablando á quien
primero se me presenta.

José. Es verdad que usted se engaña,
pues cuando entró por la puerta
yo me presenté el primero,
y ni tan sólo «adiós, bestia»,
me dijo usted.

Lope. Puede ser
que en vos reparo no hiciera,
habiendo damas á quienes
rendir antes mi obediencia.

Luis. ¿Y por qué no baila usted?

Lope. Porque el bailar desdijera
de mis años y carácter.

José. Dos mil demonios me tientan
con estos golillas, que
resisten el dar dos vueltas
en público, y en secreto
bailan todita la escuela.
(*Sale* MANUELA).

Man. Aquí está ya la mantilla.
Sebast. Si no estás del todo buena,
por Dios, no te expongas.
Svero. ¡Dale!...
Cristób. Ustedes esténse quietas,
y sigan su diversión.
Juana. ¿Diversión y sin merienda,
ni qué cenar? Vámonos
á mi casa, que está cerca;
se freirán cuatro torreznos,
sacaremos dos botellas,
Don Luis y mi paje tocan
el violín y la vihuela,
y se pasará la noche.
Nicol. Pase la palabra, ¡ea!
Luisa. Bien está.
Sebast. Digo, ¿se puede
saber qué consulta es esa?
Nicol. Hija, que es más de la una
y que basta de molestia
para ti.
Sebast. Yo había mandado
que renovasen la cera.
Juana. ¿Para qué ese gasto más?
Sebast. Mujer, en tu vida seas
importuna.
José. ¿Pareció
la llave de la despensa?
Sebast. Sí, señor, y ahora que estaban
las cosas medio dispuestas

se van todos.

José. Menos yo.

Sebast. (*A* DOÑA ELENA).
Adiós, amiga, y él quiera
salgas con felicidad.

Severo. D. Jorge, amigo, estupenda
noche os aguarda, y si es hija
la función será completa.

Jorge. Sí, tal.

Severo. Ahí me las den todas.

Sebast. Amiguitas, ¿vais contentas?

Juana. Dí que apaguen, mira que
las cornucopias se queman.
Adiós, adiós...

Severo. Chico, alumbra.

Ciego 1.° ¿Conque se acabó la fiesta?

Severo. Sí, señor; tomen ustedes.

Ciego 1.° Bien puede alargar la mecha,
que ya es más de media noche,
y el ajuste sólo era
hasta las once.

Ciego 2.° Las dos
son, ú más de la una y media.

Ciego 1.° Y sin cenar.

Severo. Yo tampoco
he cenado.

Ciego 1.° Venga, venga
otro par de pesos.

Todos. Vamos.
(*Ruido dentro*).

Sebast. ¿Quién sube por la escalera
con tanta bulla?
(Salen DOÑA MARIQUITA *y* DOÑA JACINTA *con* DON EUSEBIO *y* DON PEPE, *de máscaras los cuatro, y todos vuelven á entrar, que estaban abocados para irse).*
Mariq. Esto es
ser amigas verdaderas
y cumplirle la palabra.
Sebast. A buena hora.
Euseb. Ahora se empieza
la noche.
Severo. ¿Qué va á que el diablo
quiere hacer carnestolendas
conmigo? *(Aparte).*
Cristób. ¡Gracias á Dios
que ha venido quien mantenga
el puesto!
Jacinta. ¿Cómo tan pronto
os han faltado las fuerzas,
amigas?
Luisa. Es tarde ya.
Mariq. ¡Qué tarde!... Nadie se mueva.
Euseb. Adentro, adentro, que es justo
ya que estas señoras dejan
las máscaras por ustedes
cuatro horas, coresponderlas
otras cuatro.
Homb. Dice bien.

Sebast. Hijo, di que se detengan
los ciegos.
Severo. Mujer, ¿no sabes?... *(Ap.)*.
Sebast. Ahora no hay nada que sepa.
Bastonero, decid que
se les dará lo que quieran,
y que aguarden.
Ciego 1.° Bien está.
Severo. ¡Qué lindamente receta
mi mujer!
Jorge. ¡Qué bien vestidas!
Elena. Ya se me ha antojado verlas
bailar.
Sebast. Pues siéntate, hija.
Severo. Don Jorge, ved que está expuesta
á un chasco.
Jorge. Ni en ocho días.
¿No conocéis todas éstas
lo que son?
Severo. ¡Sí, yo pagara
algo por no conocerlas!...
Cristób. ¿Y luces?
Sebast. El paje tiene
para alumbrar una vela,
y adentro hay otra de sebo:
haced que las saquen.
Mariq. y *Jacin.* ¡Ea!
Empecemos á bailar.
Jorge. Permitidme la llaneza
de que vaya á la cocina

á prevenir á Manuela
de que saque á mi mujer
alguna cosilla, mientras
bailan.

Sebast. El muchacho irá.

Paje. Voy, señora. *(Vase).*

Jacinta. ¡Si tú vieras
qué bueno está el coliseo
esta noche!

Luisa. ¿Cuántas hay?

Mariq. Bastantes. ¡Y qué fachendas
está haciendo la vecina
porque lleva de pareja
á...! Ya me entiendes.

Luisa. ¿Y va
sola con él?

Mariq. ¡Y tan tiesa!

Sebast. ¡Vítor!

Elena. ¡Ay!...

Severo. ¡Otro dolor!...

Jorge. Parece que va de veras.

Severo. ¡Hombre! Pues no nos burlemos.

Jorge. El caso es que removerla
puede ser muy contingente.
Amigo, si usted me hiciera
el favor de ir á decir
á la comadre que venga
para que nos desengañe...

Severo. ¡Yo!...

Jorge. Sí; que ahí vive á la vuelta,

encima del zapatero.

Severo. ¿No tiene usted también piernas
para ir?

Jorge. ¿Y he de dejarla
en ocasión como esta
yo?

Severo. No corre tanta prisa.

Jorge. Sin embargo, voy por ella.
No os apartéis un instante. *(Vase).*
(Sale MANUELA).

Man. Señora, aquí está la cena.
(La trae).

José. Nosotros la cuidaremos.

Cristób. Puede ser que esto provenga
del antojo, según dijo,
de verles dar cuatro vueltas
á las máscaras.

Jacin. Que toquen
y bailemos norahuena.

Mariq. Vaya un minuet figurado
cada una con su pareja
ó á cuatro.

José. ¡Qué bien que huele!
No sea usted pataratera,
señora, así como yo,
y lo que viniere venga.
(Bailan un minuet los cuatro de máscara, é ínterin come con desasosiego DOÑA ELENA, *y* DON JOSÉ *la limpia el plato y una rosca que saca-*

rán: luego ella deja caer el plato (acabado el minuet), hace un extremo como de desmayo, y todos se alborotan).

Todos. ¿Qué es eso?

José. Que se desmaya.

Severo. Cayóse la casa á cuestas.

Sebast. Mejor es llevarla adentro,
para ver si algo la aprieta,
y recostarla en lo cama.

Todas. Dices bien.

Mariq. Si se te queda
en casa, no es malo el chasco.

Sebast. Habré de tener paciencia.

Juana. Vamos, amiga. Entre todas.
(Se la llevan).

Cristób. Y acá prosiga la fiesta,
que esta no es enfermedad
de cuidado.

Severo. ¡Habrá tronera
como este!...

Alfon. *(A* DOÑA JUANA).
Vámonos, hija,
que en ocasiones como esta,
la mucha gente, más sirve
de estorbo que conveniencia.

Viuda. También para mí ya es tarde.
Un recado á la parienta;
señor Don Severo, agur.

Lope. Yo me quedara si fuera

de provecho, mas son cosas
de que no tengo experiencia.

Severo. Ni yo tampoco, y el diablo
me la quiere dar á medias
ahora.

Lope. Vámonos de aquí.

Viuda. Quiera Dios que paséis buena
noche.

Severo. La traza no es mala.

Lope. ¡Digo!... ¡El amigo cual queda!...
(Vanse los cuatro: la VIUDA, DON LOPE, DOÑA JUANA *y* DON ALFONSO).

Luis. ¿Conque tendremos bateo
en casa, si aquí lo suelta?

Severo. ¡Qué ha de soltar! ¡Primero
se le suelten las arterias!...
(Sale DON JORGE).

Jorge. ¿Ha tenido novedad?
(Sale la MATRONA).

Matr. Tengan ustedes muy buenas
noches, y mucha salud.
¿Adónde está la pacienta?

José. Allá dentro, venga usted. *(La lleva)*

Jorge. Amigo, otra impertinencia;
la comadre no ha cenado,
que ha estado en una comedia
casera, y cuando llegaba
la traje más que por fuerza.
Dad disposición, y amigo,
perdonad. *(Entra).*

Severo. Sea en horabuena,
que esto y más merezco yo
por mis pecados. ¡Manuela!
(Sale MANUELA).

Man. Señor...

Severo. ¿A cuantos estamos
dé lumbre, luces y cena?

Man. A treinta y uno del mes.

Severo. ¿Y no hay alguna cosuela?

Man. La otra mitad del guisado
que no saqué.

Severo. ¿Y que yo sea
tan bobo que en estos lances
tan á menudo me meta?
Sácaselo á la comadre,
y todo el mundo perezca.
(Vase MANUELA *y salen* DON JORGE *y*
DON JOSÉ).

Jorge. Amigo, dadme un abrazo,
porque son todas las señas,
según dice la matrona
de que antes que pase media
hora, tendréis un criado
más á quien mandar.

Severo. ¡Arrea!
Toquen ustedes fandango;
será la función completa.
(Los ciegos cantan, ellos bailan, los demás se ríen, y sale DOÑA SEBASTIANA *alborotada con las otras).*

Sebast. ¿Se dará caso como este?
¡Hombre! ¿Qué locura es esta?
Severo. Que tendremos un criado
más á quien mandar.
Sebast. La fiesta,
es que es verdad.
(Sale la MATRONA).
Matr. La envoltura,
porque esto va muy de priesa,
y muy bien gracias á Dios.
Jorge. El cuento es que está dos leguas
mi casa.
Severo. ¡Ojalá la mía *(Aparte)*
estuviese cuatrocientas!
Matr. ¿Pues dónde está? Ello es preciso.
Jorge. No más que junto á la Puerta
de los Pozos.
José. No está lejos
de la calle de las Huertas.
Sebast. ¡Por Dios! Vaya usted corriendo.
Jorge. ¡Qué le hemos de hacer! Pacien-
[cia.
Ya he prevenido la den
á usted de cenar.
José. Sí, venga
usted conmigo allá dentro.
Matr. Con cualquiera friolera
hay sobrado; pero antes
es preciso ver la enferma. *(Vase).*
José. Entre tanto cuidaré

yo de que pongan la mesa. *(Vase).*

Mariq. ¿Con esto se acabó?

Sebast. Sí;
y de distinta manera
que pensábamos.

Cristób. Pues yo
me voy con vuestra licencia
á otro baile.

Luisa. ¿Y dónde es?

Cristób. ¿Dónde? En casa de Don César.

Mariq. Es verdad. ¿Vamos allá
todos?

Jacinta. Vamos norabuena
y lo estimarán.

Eusebio. A bien
que tenéis coche á la puerta.

Sebast. ¡Qué ocasión! ¡Por vida de
tantos! ¡Que me suceda
á mí esto!...

Severo. Esto, bien mío,
es tener en casa fiestas.
(Sale la MANUELA).

Man. Señor, dice la comadre
que vayan á la taberna
corriendo, por vino blanco.

Sebast. Anda, chico.

Paje. ¿Y la moneda?

Sebast. Toma, hombre.

Paje. ¿Y me abrirán?

Sebast. Llama recio, y di la urgencia.

Ciegos. Manden ustedes, señores.
Severo. Si pudiesen dar la vuelta
por ahí, pasado mañana,
se les pagará.
Ciego 1.º Si fuera
por nosotros... Pero como
tenemos que dar la cuenta
á los demás compañeros...
(Sale la MATRONA).
Matr. Una sábana.
Sebast. Manuela,...
Ve y dásela á la señora.
Man. Se llevó la lavandera
la que hay de non.
Sebast. Yo iré ahora,
y le sacaré una nueva.
Man. De la calle de las Postas. *(Ap.).*
Matr. ¿Hay mantillas de bayeta?
Sebast. No, que como no se estilan...
Pero hay una bata nueva,
de éste.
Severo. ¡Un demonio!...
Sebast. Es preciso.
Matr. Pues vamos á deshacerla.
que esto es más urgente. *(Vase).*
Sebast. Yo,
desde luego.
Severo. ¡Anda, morena!
¿Cuánto va que sin camisa
para pañales me dejan?

Mariq. Aquí estamos de más, hija,
Dios te dé mucha paciencia.
Sebast. Id en paz.
Jacin. y *Mariq.* Cuenta que avises
de todo lo que suceda.
Severo. Muy bien, ahí quedan las llaves.
(Vanse todos los del baile que restaban y sale la MATRONA).
Matr. Tome usted esta botella
y lléguese á la botica
á traer aceite de almendras
dulces, con el jarabito
de peonia.
Severo. ¿Es cantaleta?
Matr. Si es preciso.
Severo. ¿Y que el demonio
en estos lances me meta
á mí?
(Hace que se va y le detienen los ciegos).
Ciego 1.º Páguenos primero.
Severo. Vayan noramala, y tengan
más caridad, ven que está
toda la casa revuelta
y aun porfían. *(Vase).*
Ciego 1.º Volveremos
mañana, que aquí se queda
la casa.
(Vuelve DON SEVERO).
Severo. ¿De pedo... qué?

Matr. De peonia.
Severo. ¿Y cuánto cuesta?
Matr. Poco.
Ciego 1.º Mañana vendremos
por la tarde.
(Vanse los ciegos y sale DON JOSÉ).
José. Que se queja
la pacienta.
Matr. Voy allá. *(Vase).*
Severo. Mujer, si ahora no escarmientas
de bromas, pido divorcio
y cásate con quien quieras.
Sebast. Lleva capa, que hace frío.
Severo. Más que ruede la escalera,
más que me resfríe, y más
que jamás á casa vuelva;
así como así, no tengo
cama en qué dormir, ni cena. *(Vase)*
José. ¡Qué tal va! Tiene razón.
Sebast. Tan precisa es la paciencia,
como el escarmiento.
Man. Como
confesiones de Cuaresma,
que en tocando á la Aleluya
se olvida la penitencia.
(Sale la MATRONA).
Matr. ¡Señora! ¡Señora!...
Sebast. Vamos
adentro á lo que se ofrezca.
Man. Vayan ustedes, que yo

no puedo por la decencia
de mi estado concurrir
á esas funciones, y mientras
cantaré una tonadilla,
que aunque no es del caso, sea
al caso, porque concluya
también el baile con ella.

Todos. Perdonando el auditorio
las faltas suyas y nuestras.
(Con la tonadilla se da fin).

FIN

LA BOTILLERÍA

LA BOTILLERÍA

INTERLOCUTORES

PACO.	DOÑA SEBASTIANA.
RAMÓN.	ABATE.
GARCÍA.	CAPITÁN.
DON AMBROSIO.	LUCÍA.
OFICIAL.	PETRA.
PEPA.	PACA.
MARÍA.	JOSILLO.
RITA.	UN ENANO.
LORENZA.	OLMEDO.
PERICO.	DON FEDERICO.
PEPE.	MOZO DE LA BOTILLERÍA.
MANOLILLA.	UN POBRE.

EMPIEZA EN LA FACHADA

(Salen PACO *y* RAMÓN *de majos, manoteando sin hablar palabra y se arriman á un bastidor; luego* GARCÍA *con las manos*

atrás, mirando arriba y á los pies, muy de petimetre; después DON AMBROSIO, *de capa, gorro y bastón, y el* OFICIAL.)

Oficial. No tiene remedio, amigo;
cualquier hombre que se empeña
en ser gurrumino, debe
prevenirse de paciencia.
Ambr. Después de habernos tenido
esperándola á la puerta
de la cazuela una hora
hasta salir la postrera
mujer, quizá dirá luego
que yo no acudí por ella,
y si se ha ido sola á casa,
¡Dios te la depare buena!
Para todo este año tengo
yo salida de cazuela.
Oficial. Quizá saldría temprano
porque se puso indispuesta.
Ambr. ¿Quién? ¿La otra indisponerse
mientras está en la comedia?
No puede ser.
Oficial. ¿Por qué no?
Ambr. Porque en diez años que lleva
de matrimonio conmigo,
aunque flatos y jaquecas
la ponen noche y mañana
á morir, por experiencia
he visto que á las dos de

la tarde se pone buena,
y le dura la salud
hasta subir la escalera
de casa.

Oficial. Ved ahí por qué
gustan todas de estar fuera.

Ambr. En fin, á bien que ya estamos
curtidos de las baquetas.
Ahora, en todo caso, iremos
á beber ahí, á cualquiera
botillería.

Oficial. He notado
que hay muy grande diferencia,
de como yo las dejé
habrá cuatro años, en ellas.

Ambr. Muy grande; unos gabinetes
están, todas las más, hechas.

Oficial. ¿Y hay muchas?

Ambr. Habrá en Madrid
hoy, unas mil y quinientas.

Oficial. ¿Y hay consumo en todas?

Ambr. Mucho.

Oficial. Cierto que no lo creyera,
que no era así antes.

Ambr. Amigo,
vos no sabéis lo que aprieta
de unos años á esta parte
el calor en esta tierra.

Oficial. Y, decidme, D. Ambrosio,
¿hay en estas concurrencias
sociedad?

Ambr. ¿Qué es sociedad?
Oficial. Conversaciones discretas.
Ambr. No sé; pero muy agudas
y muy vivas, suele haberlas.
Oficial. ¿Se trata en ellas del bien
del Estado, de sus rentas
y política?
Ambr. No creo;
solamente las materias
del comercio y población
son las que allí se frecuentan.
Oficial. Pues amigo, en muchas partes
los cafées son escuela
decente á la juventud;
se instruye por las *Gacetas*
de los Estados del mundo;
se alcanza un mapa, y empeña
alguno en la geografía,
y en las historias dar muestras
un hombre de que ha suplido
con su lección su experiencia;
se tratan los extranjeros
con atención y reserva,
observando sus costumbres
con el fin de aborrecerlas
ó de adoptarlas, al paso
que con política diestra
se les hace concebir
una magnífica idea
por el patricio, de aquel

país; si tal vez se juega,
la moderación, el garbo
y la buena fe, interesan
al jugador, más que el débil
sonido de las monedas.
Y en fin, yo en cuanto he viajado,
he conocido por estas
casas públicas, los usos,
los gobiernos, opulencias,
y genios de las naciones:
ved si con razón me lleva
la curiosidad á ver
cómo se trata en la nuestra.

Ambr. Pues venid; pero entendido
de dos cosas: la primera
que los abusos no son
defectos de providencia
en el Gobierno; son, sí,
efectos de la perversa
crianza de padres necios
y de madres altaneras;
y la segunda, que vamos
sólo por estar más cerca
de aquí á esta botillería,
no pórque al entrar en ella
penséis que esta es mala,
ni que las demás son buenas.

Oficial. Vamos, pues; pero aguardad,
¿qué fantasmas son aquellas
que se paran?

Ambr. Si quèréis
saberlo por experiencia,
detengámonos un rato
aquí haciendo la deshecha,
y lo veréis.
Oficial. Bien está.
Ramón. Oyes; ahí viene la Pepa.
Paco. Calla, y no la digas nada
porque creo que la espera
aquel usía; que ha habido
desde el patio muchas señas
y contorsiones: ya entiendes.
Ramón. Pues embózate, que llega.
García. (Se adelanta cantando).
De las preciosas muchachas
que hoy hubo en la delantera
esta ha de ser una. *(Sale* PEPA).
Digo...
¿Esa es mantilla ó vidriera?
Pepa. ¡Qué necio!...
García. No lo soy tanto
cuando por la transparencia
conozco los bultos.
Pepa. Pues
ya puede usted hacer cuenta
que no ha conocido nada.
Vaya su camino... ¡Ea!...
Oficial. ¿Solita?
Pepa. Ya sé el camino;
seguro está que me pierda.

Ambr. En el lugar donde estamos
me parece que son esas
sobradas satisfacciones.
Pepa. Yo sé que puedo tenerla.
Paco. ¡Agua va!...
Pepa. Así dijo el otro
y escupió todas las muelas. *(Entrase)*
García. Con efecto, es buena moza;
pero es un poco sardesca.
Sígola... *(Salen* MARÍA *y* RITA*).*
A fe que tampoco
es muy mala ropa esta.
Rita. Oyes; ahí está arrimado
el que desde la luneta
nos estuvo haciendo gestos.
María. Tápate, que no te vea,
que tiene traza de indiano.
Rita. A mí ya me ha dado pruebas
de que es inútil.
María. ¿Por qué?
Rita. Hija, porque los que apelan
á los lances de un paseo,
salida de las comedias
y de las botillerías,
ó tienen poca moneda,
ó escarmentados, van sólo
buscando un rato de fiesta;
y es necedad empeñarse
con hombres que no se empeñan,
ó que no pueden salir

de un empeño que se ofrezca.
García. ¡Lo que me miran! Supongo
que el peinadillo á la greca
es el mérito de un hombre.
Señoritas, aunque sea
atrevimiento, hoy á mí
se me ha olvidado dar cuerda
al reloj; para ponerle
permítanme ver su muestra.
Rita. Mire antes dónde señala
la mano. *(Dàle un bofetón.)*
García. No quiero verla,
que está muy adelantado
ese reloj.
Oficial. *(Al pasar.)* ¿Qué? ¿Tan feas
son ustedes que no pueden
destaparse de vergüenza?
Rita. Anda y calla.
Oficial. ¿Feas y mudas?
Son dos faltas estupendas.
Ambr. Lo primero puedo ser,
lo segundo no lo crea.
Rita. En tu vida con los viejos
ni con soldados te metas,
porque aquéllos nos oprimen,
y éstos al punto desertan.
Oficial. No hacen caso.
Ambr. Su misterio
habrá.
Ramón. ¿Conoces á éstas?

Paco. Yo creo que son las de
la calle de las Carretas.
Yo he de seguirlas, que quiero
introducirme con ellas.
Ramón. Pues anda que en el café
nos veremos.
Paco. ¿Qué? ¿Te acuerdas?
Ramón. Sí.
María. ¿Dónde refrescaremos?
Rita. Entrate aquí en la primera
botillería, que tengo
que hablar con cierto fachenda
un poco. *(Vanse* RITA *y* MARÍA.*)*
Paco. Para estos lances
hacen falta las pesetas;
pero á bien que fían. *(Vase.)*
(Salen LORENZA *y* PERICO *siguiéndola.)*
García. ¡Valiente
aire de taco trae ésta!
(A ella.) Ese garbo es andaluz;
no hay que volver á la cuenta:
¿he mentido? ¿Sí? ¿Pues hay
más de que usted me desmienta?
(A PERICO *que le empuja.)*
¿No mirará lo que hace?
Perico. *(A* LORENZA.*)* Márchate por la
[otra acera.
Lor. ¿Me meto yo con nenguno?
Si ellos son sueltos de lengua,
¿tengo yo la culpa? ¡Toma!...

García. Usted, seor majo, pudiera
ver dónde pone los pies,
que me ha emporcado una media
y me ha pisado un zapato.
Perico. Si el zapato no se queja
que es el ofendido, ¿quién
le mete en causas ajenas?
García. Vaya, vaya usted con Dios.
Estas gentes se desprecian. *(Ap.)*
Perico. De estos soy yo capaz de
merendarme dos docenas.
Oficial. Por enmedio, señorita.
(DON AMBROSIO *y el* OFICIAL *se separan para dejarlas pasar.)*
Lor. No soy yo tan desatenta.
Ambr. ¡Vaya! No hay que detenerse.
Oficial. Deje usted que se detenga
que no es mal tercio para una
conversación.
Lor. Con licencia
de ustedes. *(Pasa.)*
Perico. ¡Habrá demontre
de mujer! Ella tropieza
con todos, y alguno pienso
que ha de tropezar con ella.
A estos soldados los temo.
(Pasa mirando airado.)
Oficial. ¿Le ha parecido que es buena
mi cara para un retrato?
Perico. Me había parecido que era

usté un amigo á quien busco.
Manden ustedes.

Ramón. Lorenza...
¿Vas sola?

Lor. No, viene ahí
aquel hombre. *(Vase.)*

Ramón. Mas que venga.
Anda delante; yo, yo
le espantaré si se acerca. *(Vase.)*

Perico. ¿Otro moro? ¿Cuánto va
que no para en bien la fiesta?
(Sale PEPE *fumando.)*

Pepe. Adiós, Perico...

Perico. Adiós, Pepe.

Pepe. ¿Vas al café?

Perico. Sí. ¿Quién queda
allí?

Pepe. No hay muy mal ganado.

Perico. Oyes... ¿Y están ya las mesas
ocupadas?

Pepe. Sí; hasta luego,
que yo pronto doy la vuelta.

Perico. ¿Jugaste?

Pepe. Sí, y he perdido
diez medallas.

Perico. ¿Y quién juega
ahora?

Pepe. Un nuevo presumido
que con todos atraviesa,
y pierde.

Perico. ¡Voto va á sanes!
¡Que justamente me venga
sin dinero! Dame una onza.
Pepe. ¿Te parece que á tenerla
me saldría yo del juego?
Voy á ver si uno me presta
algo: no tardo en volver.
Perico. Adiós, amigo. *(Vanse opuestos.)*
Oficial. ¡Qué bella
gente es la que anda al redor!
Ambr. Si acabar de conocerla
queréis, vamos.
Oficial. Para mí
no hay diversión como aquesta.
(Vanse.)
(Sale MANOLILLA *de limera, cantando.)*
Manol. Limitas y limones,
dulces naranjas,
baratitas las vendo
por irme á casa.
¿Quién me las compra?
Todas son escogidas,
dulces y gordas.
García. Me he llevado fiero susto;
creí que era una limera
á quien le debo unos cuartos.
Adiós.
Manol. ¿Ha estado usted fuera
de Madrid?

García. ¿Por qué lo dices?
Manol. Porque en todas estas fiestas
no le hemos echado encima
la vista mi compañera
ni yo en el Prado.
García. He tenido
una fluxión en las muelas
que me ha incomodado mucho
y aun ahora me retienta.
Adiós. *(Vase.)*
Manol. ¡Bravo parroquiano!
(Salen DOÑA SEBASTIANA, ABATE *y*
CAPITÁN.)
Sebast. ¡Vaya, que cosa como ella
no me ha sucedido nunca!
Decid, ¿no estaban perversas
todas las bebidas?
Abate. Cierto.
Cap. ¡Porquería! Si no fuera
por usted, le encajo el
mostrador en la cabeza
al botillero.
Abate. Si llevo
con qué, le abro la mollera.
Cap. ¡Porquería!
Sebast. El cuento es
que llevo como una yesca
los labios.
Abate. A bien que aquí
tenemos otra bien cerca.

Sebast. Bien está.
Abate. A mí me parece
que os ha causado impaciencia
no haber hallado al pariente.
Sebast. Cierto que eso me afligiera
mucho: ni yo me acordé
al salir de la cazuela
de mirar si estaba allí,
una vez que estaba cierta
de que estarían ustedes.
El flato es el que me lleva
displicente.
Abate. Pues, señora,
no bebáis frío, no sea
que os haga daño.
Sebast. Antes bien
al contrario; me recetan
los médicos beba helado
bastante, y que me divierta
y baile, con tal que no
haga labores violentas
como el hilar ó coser.
Abate. ¿También el hacer calceta
es malo?
Sebast. ¡Oh, Jesús! Eso
nos destruye las caderas.
Manol. Señora, naranjas dulces.
Sebast. Tome usted media docena,
mi Capitán.
Cap. ¡Porquería!

Con cincuenta pares de éstas
no tengo yo para un diente.

Sebast. Es verdad que son pequeñas;
dejadlas.

Cap. Adiós, guitona.

Manol. No soy yo de las que piensa,
señor Oficial, ni doy
un retal de mi pobreza
por toda la usía, aunque dé
la basquiña de griseta
y el reloj encima.

Sebast. Vamos;
que tienen muy mala lengua
esas mujeres.

Abat. Señora,
aquí con delicadeza
se hacen todos los sorbetes.
Vamos.

Sebast. ¿Sabéis cuál bebiera
yo de buena gana, abate?...

Abate. Decid.

Sebast. Sorbete de brevas.

Abate. Si no le hay yo mandaré
que mañana le prevengan.

Cap. Si no hay sorbete de pavo
seguro está que yo beba. *(Vanse.)*

(Sale LUCÍA, *de limera, cantando.)*

Lucía. No hay en Madrid hoy día
mejor comercio
que limas y naranjas

por los paseos.
Y esto se infiere
de que allí sin postura
todo se vende.

Manol. Oyes... Lucía... ¿Qué tal
ha ido esta tarde de venta
en el Prado?

Lucía. Grandemente:
más de catorce docenas
he vendido, y me saldrán,
chica con grande, á peseta.

Manol. Mujer... Ni sé cómo lo haces;
yo no encuentro quien las quiera
á tres cuartos.

Lucía. Cada una
se ingenia como se ingenia.
Vosotras de arriba á bajo
andáis como pregoneras
roncando de balde; amiga,
todos los que se pasean
no buscan naranjas; yo
me voy á los que se sientan,
á los coches, á los que
andan haciendo la rueda
á las madamas, y llamen
ó no, les echo las cestas
encima; ellas son golosas
todas por natuarleza,
y ellos vanos, y de aquí
se saca la consecuencia

de que ellas las toman, y ellos
pagan y no regatean.
Amiga, quien no supiere
el oficio, que le aprenda.

Manol. En conciencia, yo discurro
que eso es hurtar, y que pecas.

Lucía. ¿Hay alguno que haya visto
en el Prado la conciencia?
No ha bajado allí á paseo
jamás persona tan seria.

Manol. He visto al usía que
te pegó la bigotera
la otra tarde.

Lucía. ¿Y dónde está?

Manol. Oye, verás y qué fiesta.

(Hablan aparte las dos y salen PETRA *y* PACA *de payas, con basquiñas y mantillas de bayeta, y* JOSILLO *de payo, en cuerpo, con una cachiporra y un pañuelo atado).*

Petra. ¡Lo que has tardado, Josillo!

Josillo. Como hay allí tantas puertas,
y era tan mucha la gente
que entra y que sale por ellas,
no atinaba con vosotras.

Petra. Déjame, que he estado muerta
de calor.

Paca. A mí se me ha hecho
un instante la comedia.

Petra. No es comedia.

Josillo. Ya se ve:
si ésta es lo propio que un bestia.
Paca. ¿Pues qué es?
Josillo. ¡Qué se yo! Una cosa
que hacen allí.
Petra. Es... es zarzuela.
*Josillo....*Es verdad; no está malita;
mas la que en Carnestolendas
hicieron en el lugar,
esa sí que estaba buena.
Ptra. Valía más la relación
que echó el hijo de la Andrea,
que todo esto.
Josillo. ¿Y el barbero
no hizo un papel de primera
dama, que rompieron todos
los bancos y las silletas
de risa? ¡Madril, Madril!
¡Y es todo una friolera!...
Paca. Sin embargo, á mí me gusta
como cantan las más de ellas,
y el teatro es mucho cuento.
Josillo. Yo cantaba, cuando era
monago, mejor que todas.
Petar. Oyes, Josillo, ¿qué llevas
en ese atado?
Josillo. Pasteles
muy ricos.
Petra. Yo más quisiera
que llevaras agua fría.

Josillo. Por aquí puede que vendan
agua. Voy á preguntarlo,
que estas quizaves lo sepan.
¡Chist! Digo... ¿Dónde se bebe?
Lucía. Ahí tiene un pilón bien cerca.
En la puerta del Sol.
Manol. No
le hagas rabiar; en aquella
casa, si refrescar quieren,
hallarán lo que desean.
Paca. ¿En cuál?
Lucía. En aquel portal
grande, pasando las rejas.
Josillo. Vamos, muchachas...
Petra. ¡Qué sed
que llevo!
Paca. Yo me estuviera
sin comer como durara
todo el año la comedia. *(Vanse).*
Lucía. ¿Con que en la botillería
entró?
Manol. Yo le vi.
Lucía. Pues deja
que he de quitarle el vestido
si no me paga. ¡Con frescas
á mí! Vamos, Manolilla,
que nunca estoy más contenta
yo, que cuando me retoza
en el cuerpo una pendencia.
Las dos. (Cantan).

Contigo,
Conmigo, chanzas.
A buena parte el probe
viene por lana.
(Se entran repitiendo la seguidilla que parezca).

MUTACION

Descúbrese la botillería ó café de la calle de la Cruz con la mayor propiedad. En la primera mesa estarán MARÍA *y* RITA, *tapadas; en la que se sigue la* PEPA, *sola; en la primera del otro lado* DOÑA SEBASTIANA *con el* ABATE *y el* CAPITÁN; *en las que se sigue y en la del foro no habrá nadie.* RAMÓN *se pasea solo; un* ENANO *y el* MOZO *de la botillería corren de una parte á otra del tablado. A la derecha del teatro, que se figura la puerta, estará el* POBRE. Frente *de la mesa de* DOÑA SEBASTIANA *hay un banco sin mesa á la punta del tablado.*

Abate. ¡Hola, mozo! ¿Qué tenemos
que beber? Con ligereza.
Mozo. Agua de limón, horchata,
agraz, aurora, canela,
leche, mantecado, boca

de dama, imperial y fresa.
Sebast. ¿Qué sorbetes hay?
Mozo. De arroz,
de garbanzos, de manteca
de Flandes, de fresa, lima,
bizcochos de mil maneras
y té, café, chocolate,
dulces de Francia, conservas
y licores.
Abate. ¿Qué gustáis?
que traigan de esto?
Sebast. Que venga
de todo para probar.
Pepa. ¡Mozo!...
Rita y *María* ¡Mozo!...
Enano. Poca priesa,
que hay muchos á quien servir.
Ramón. ¿Dónde has puesto la cazuela
de la lumbre?
Enano. ¿No la vé
usted sobre aquella mesa?
Mozo. ¡Vaya, señores! ¿Qué traigo?
Abate. Pedid, madama.
Sebast. Me suena
á ordinario cuanto ha dicho.
Yo no sé como no inventan
estas gentes un sorbete
cada tarde, y así fuera
su ganancia más segura.
Mozo. ¡Que tenga yo tan perversa

memoria! Justamente hoy
tengo dos bebidas nuevas.
Sebast. ¿Qué son?
Mozo. Agua de almendrucos
y sorbete de lentejas.
Sebast. Esas son más exquisitas.
Abate. Pues trae, y haremos la prueba.
Mozo. Yo haré un bodrio que vomiten
la hiel; á ver si escarmientan. *(Ap.)*
María. *(Al* ENANO, *quedo.)*
Digo... ¿Está ahí Don Federico?
Enano. Jugando desde la siesta
está allá dentro.
María. Pues dile
que aquí dos damas le esperan
que salga al punto.
Enano. *(Vase por la puerta chica.)*
Allá voy.
Pepa. Chico, da presto la vuelta.
(Sale GARCÍA *cantando, y atraviesa como que entra al juego.)*
García. Ya huyó la noche,
ya salió el sol,
las corderillas
con su arrebol.
(Salen DON AMBROSIO *y el* OFICIAL.)
Pobre. Señores, al pobre viejo.
Oficial. Está con mucha decencia
esto.
Ambr. ¿No os lo dije yo?

Pues todo es á costa nuestra.

Sebast. ¡Mi marido! ¡Mi marido!...

Abate. ¿Qué peligro hay en que os vea?

Sebast. Ninguno; pero es bastante
para que á gusto no beba
yo, que bebiera él conmigo.

Abate. Pues á bien que hay otras mesas
desocupadas.

Sebast. Sí, sí...
Mejor será.

Cap. ¡Que ande en estas
pantomimadas un hombre
como yo! ¡Qué friolera!
(Múdanse de mesa. Sale LORENZA.)

Lor. ¡Qué temprano que has venido!
¡Y solita!

Pepa. Por ofertas
no ha quedado; pero ya
sabes tú lo que se arriesga.

Lor. Lo propio me ha sucedido
á mí.

Ramón. Pidan cuanto quieran
ustedes con disimulo,
que aquí estoy yo.

Lor. Eso se aprecia
mucho; pero no podemos
admitirlo.

Ramón. Pues paciencia.
(Sale OLMEDO *de majo, se sienta en una mesa, da cuatro golpes, y no*

habla una palabra; el MOZO *le saca la bebida á* DOÑA SEBASTIANA. DON FEDERICO, *con el taco en la mano, y el* ENANO *le señala dónde le llaman; luego acude á* OLMEDO.)

Enano. Esas son.

Mozo. ¡Ya van, ya van!...
¿Qué mandan ustedes?
(*A* DON AMBROSIO.)

Ambr. Deja
eso que ya pediremos.

Lor. ¡Chist!... (*Al* MOZO.)

Mozo. Manden ustedes, reinas.

Oficial. ¿Por qué se levantaría,
cuándo entrábamos, aquella
que está allí con el Abate
y el Oficial?

Ambr. Por fachenda,
y darnos en qué entender.

Oficial. Yo voy á reconocerla.
(*Va con disimulo.*)

Ambr. Será alguna de las muchas
maulas que aquí salen y entran.

Feder. ¿Y para eso me mandaste
llamar? Yo haré lo que quiera,
y cuando me dé la gana,
y en tu vida te acontezca
llamarme estando jugando.

María. Pues como usted no se venga
ahora con nosotras, ya

puede echar por la otra acera,
señor guapo. ¡Vaya que hay
poquitos á la prebenda!

Feder. ¡Ya sabes tú dónde hablas!...
Calla, porque si me aprietas
pagarás lo que yo pierda.
Tasadicamente llegas
en el día del despacho.

María. ¿Usted á mí?

Feder. Y á otras treinta
como tú.

Rita. Vamos callando,
que parecen muy mal esas
cosas en gente de modo.
(Sale el ENANO.)

Enano. Que dicen los que atraviesan
que si vuelve usté ó no vuelve.

Feder. Ya voy.—Dispón tú que beban
lo que quisieren.—Yo, yo
te curaré la soberbia. *(Vase.)*

Enano. Pidan ustedes.

María. No tienes
que traer nada de su cuenta.
Hemos de hablar, porqué rabié,
con el primero que venga.

Rita. ¿Qué? ¿Eres tú de las que cuando
tienen alguna pendencia
con su cortejo, no quieren
tomar lo que las presentan?

María. Me han de rogar mucho para

que yo tome una fineza.
¡Vaya! ¡Bonita soy yo!...

Rita. Pues no eres sino muy necia.
Tratarlos muy mal, y hacerles
echar un palmo de lengua
es muy conforme á razón;
pero ¿la vez que pretendan
regalarnos, desairarlos?
Eso no, no tiene cuenta:
ni es buena crianza, ni
se puede hacer en conciencia.
(Sale PACO.)

Paco. Allí están, y están aún solas...
Yo llego, que la vergüenza
aunque es buena para todo,
para cortejar no es buena.
(Se va acercando. Sale PERICO *y tiéndese en el banco donde están* PEPA *y* LORENZA.)

Perico. ¿Qué hay muchachas? ¡Como soy,
que este calor me revienta!
¿Habéis bebido?

Lor. Hasta que
tu real persona viniera,
¿cómo era fácil?

Perico. *(Al* ENANO.) ¡Mil hombres!...
A estas mozas lo que quieran.

Pobre. Señores... al pobre viejo...

Mozo. Hermano, váyase fuera
á pedir.

Pobre. Déjeme usted,
que tengo la casa llena
de familia.
Oficial. *(Volviéndose al sitio.)*
¡Vaya, vaya!
Que como soy no creyera
de la mujer de mi amigo
locura tan manifiesta.
Ambr. ¿La habéis conocido?
Oficial. No.
Ambr. Ella será linda pesca.
Paco. ¿Ustedes ya habrán bebido?
María. No, señor.
Paco. Si mereciera
yo que me honrasen ustedes...
Rita. Fuéramos muy desatentas
en despreciar tantas honras.
Paco. ¡Muchacho!...
Mozo. ¡Bravo postema!
¿Qué se os ofrece?
Paco. Al instante
trae cuanto estas damas quieran.
Mozo. ¿Quién paga?
Paco. Yo, bruto.
Mozo. Es que
en pagando usted la cuenta
que tiene de tres veranos,
formaremos otra nueva.
Paco. ¡Ea! Marcha y no te chancees.
Mozo. No hablo sino muy de veras.

Paco. *(Se levanta.)*
Yo se lo diré á tu amo
y que te eche por la puerta
de la calle en este instante.
María. ¡Vaya que quedamos buenas!
Rita. Consolémonos con que
no seremos las primeras.
Ramón. ¿Qué te ha sucedido, Paco?
Paco. ¿Me das ahí unas pesetas?
Ramón. ¿Me estaría tan de sobra
aquí yo si las tuviera?
Paco. Veré si encuentro allá dentro
alguno que me las presta. *(Vase.)*
(Sale GARCÍA.)
García. Rabiaron los cuatro duros
que traía en la faltriquera;
pero aquí están las tapadas:
desquitémonos con ellas.
(Sale PEPE.)
Pepe. Oyes, Perico...
Perico. ¿Qué traes?
¿Encontraste esa moneda?
Pepe. No; pero traigo un arbitrio:
tú, que aquí no tienes deudas,
puedes entrar á jugar
y yo esparciré que juegas
poco; iremos á la parte
con el partido y traviesas:
eso yo lo compondré.
Perico. Bien; como luego no sea
que...

Pepe. No dudes: déjate
gobernar por mi, y no temas.
(Vanse. Salen los PAYOS.)
Josillo. ¡Válgame Dios y qué casa!
No está tan guapa la iglesia
de mi lugar.
Petra. Mira, Joso:
cuántas por allá quisieran
esta colgadura para
guardapiés el día de fiesta.
Paca. En Madril hasta los probes
andan vestidos de seda.
Josillo. En Madril es imposible
que cuando llueve, no llueva
oro macizo, sigún
reluce.
Mozo. Aquí tienen mesa.
Petra. No venimos á comer.
Mozo. Ya se sabe; pero beban
sentados.
Paca. Dice muy bien;
que así están todas aquellas.
Josillo. En Madril debe hacerse
todo con gran conveniencia.
Mozo. Vaya... ¿Qué piden, bebidas
ó sorbetes?
Josillo. *(Ríese).* ¡Buena es esa!
¿Sorbitos? ¿Es caldo hirviendo?
Petra. Saque usté una cosa fresca.
Mozo. ¿Pero qué quieren, horchata,

aurora, limón, canela,
agraz?...

Paca. ¿Cuál es más barato?

Mozo. Todas las bebidas cuestan
á un precio.

Josillo. Pues de ese modo
pedid una cosa güena.

Petra. Pide tú.

Mozo. Despachen; que hay
muchas partes á que atienda.

Josillo. ¿Con que mi gusto es el vuestro?

Petra. Sí, Joso; no le detengas.

Josillo. Saque usted tres vasos chicos
de aloja, más que siquiera.

Mozo. No se vende aquí la aloja.

Josillo. ¡Vaya que como es tan fea!...

Paca. Pues venga horchata, que yo
la bebí una vez y es bella.

Josillo. Vaya... Sáquela usted.

Mozo. Voy.
¡Habrá semejantes bestias!
(Vase. Salen las LIMERAS.)

Manol. Oyes... chica... allí le tienes
de espaldas: valga la flema
hasta ver si se levanta.
(Sale PACO.)

Paco. En las mayores urgencias
faltan á uno los amigos.
¡Déjalos estar, que tenga
yo dinero! Pero allí

he visto mis naranjeras.
Voy á ver si de lo mucho
que las doy, algo me prestan.
(Vase á ellas.)

Oficial. *(Al* MOZO *que ha traído de beber á los* PAYOS.)
Di, muchacho, ¿quiénes son
tantos matones como entran
y salen aquí?

Mozo. Señores,
yo no sé: ellos vienen, juegan
de largo, beben y fuman,
á destajo, galantean,
no se les sabe el oficio
á los más, y doy que pierdan
hoy treinta duros, mañana
los pagan, y traen sesenta
que jugar. Cosa es que aturde.

Oficial. Mucho temo que les venga
su San Martín, según la
presente justicia.

Josillo. Petra,
no te lo bebas sorbido,
sino como yo; echa, echa
sopas; moja los pasteles,
verás qué cosa tan tierna.

Lucía. No prestaré ni á mi padre.

Paco. Pues no seas vocinglera.

Lucía. *(Va á la mesa de* GARCÍA.)
Voy á hacer un ejemplar.

Señoras, con su licencia
tengo que hablar al señor.

María. Y gracias, si se le lleva
de aquí, daremos encima.

Rita. También suele haber sus quiebras,
como en los demás, en el
oficio de petimetras.

María. ¿Cuál es?

Rita. . Que solemos ir
á pegarla y nos la pegan.

María. Anda, que hasta que lleguemos
á estar en paz, bien les queda
que desquitar á los hombres.

García. Ahora estoy algo de priesa;
ya nos veremos, muchacha.

Lucía. Venga usté acá, Don Miseria:
¿le parece á usted que á mí
me dan de balde la hacienda
los murcianos en el peso?
Si usted tiene la flaqueza
de cortejar, y no hay plata,
pleitee como otros pleitean,
por probes; pero querer
cortejar á costa ajena,
y especialmente á la mía,
á fe que era linda empresa;
pero es usted oficial
muy corto, y yo muy maestra.

García. Calla ahora.

Lucía. ¿Yo? ¿A qué horita?

Peseta sobre peseta
me ha de pagar *iso fato,*
ó le descuelgo una prenda.

Manol. Quítale el reloj.

García. Primero
me quedara sin calcetas;
esa alhaja delicada
y la única que me queda
de las muchas que heredé
de mi tía la Condesa.

Manol. ¿Cuánto va que trae usía
reloj de las Covachuelas?

Lucía. ¿Hay más de que lo veamos?

García. Muchacha, que me estropeas
el vestido.
(LUCÍA *tira de la cadena y le arranca el bolsillo á que está cosida).*

Todos. ¡Viva, viva!...

García. Es una gran desvergüenza
pues nadie á otro meter debe
la mano en la faltriquera.

Lucía. ¿Hay quién me compre, señores,
por ahí una funda vieja
para un reloj?

García. ¡Por quien soy
que me has de pagar la befa!

Todos. ¡Agur, agur!

Sebast. Mientras tanto
que anda por allá la gresca,
vayan ustedes delante

de suerte qüe no me vea
mi marido, y escapemos.

Ambr. ¡Digo, digo! ¿No es aquella
mi mujer? Adiós, señora.
¿Adónde va usted tan seria?

Sebast. Tú eres el serio y el puerco
cochino, que por más señas
que te hecho, y he estado adredé
bien patente y descubierta,
no has llegado: ya quizá
habría quien lo impidiera.

Ambr. ¡Mujer!... Dígalo el amigo...

Oficial. ¡Fuego de Dios, y qué diestra!...
(Salen por la puertecilla PERICO, *en chupa, con el taco en la mano, y* DON FEDERICO *lo mismo, trayendo agarrado á* PERICO *del cuello de la camisa y rota la cabeza, y* PEPE *queriéndolos dividir).*

Feder. ¡A buena parte se vienén
con trampas y con chufletas!

Perico. ¡Por vida de!... Suelte usted.

Feder. Hasta mirar tu cabeza
rota del todo, no ha
de holgar la mano derecha.

Oficial. Caballeros, poco á poco...

Perico. No, pues como se atreviera
á levantarme la mano,
le pesara muy de veras.

Oficial. ¡No es nada! Y tiene en la cholla

cuatro ventanas de á tercia.
Sebast. Abate, vamos de aquí.
Ambr. Caballeros, la prudencia
en todo caso.
Sebast. ¡Hijo, hijo!...
¿Qué vas á hacer? No te metas
por Dios, con ellos: tu quieres
dejarme de un susto muerta.
Cap. Vamos, que estoy de por medio.
Josillo. Vámonos de aquí, no sea
que nos descalabren.
Enano. Digo...
¿Han pagado?
Josillo. Allí se queda
la mitad del ajo blanco;
la otra mitad pagaréla.
Mozo. La han de pagar por entero,
Josillo. ¿Y cuánto es?
Mozo. Una peseta.
Josillo. Póngase usté en la razón.
Petra. Es verdad que estaba güena
y dulce; pero eso es mucho;
dale un real y que te vuelva
doce cuartos.
Josillo. Usted diga
cuánto es lo último, en conciencia.
Mozo. Cuatro reales.
Josillo. ¿Quiere usted
los tres?
Mozo. No, señor.

Josillo. ¿Los treinta cuartos?

Mozo. Sobre que no es menos.

Josillo. Ahí va: reviente con ella.

Petra. No más horchata, Josillo.

Josillo. No más.

Petra. ¡Cuánto mejor era la aloja!

Josillo. ¡Pues ya se ve! Que aquel picante que le echan es un prodigio para el estómago.

Petra. Si descuellan así, no es mucho que esté la la alojería compuesta.

Josillo. Dos pesetas se me han ido en ajo blanco y zarzuela.

Petra. Casi el jornal de tres días: ¡Jesús y qué desvergüenza!

Josillo. En Madril se pillan buenos bocados, pero bien cuestan.

Feder. Yo he de escarmentar á uno de estos guapos.

Perico. Agradezca á los que han mediado; pero yo le pillaré allá fuera.

Feder. Aguarda, aguarda...

(Entranse.)

Mozo. Señores, mi amo decirles ordena,

que no vuelvan á esta casa
jamás, pues de las pendencias
que una ú otra vez se suelen
armar, por malas cabezas,
resulta, tal vez, la mala
opinión, sin merecerla,
de la casa.

Todos. Dice bien.

Enano. Si quieren reñir, afuera.

Oficial. Ya te quedarás bien ancho.
Y pues no puede esta idea
terminar, ni concluirse
porque entonces fuera eterna,
pongamos fin continuando
tonadilla y fin de fiesta,

Todos. en solicitar piedades
cuando aplauso no merezca.

FIN

ÍNDICE

	Págs.
La casa de linajes ó Las bellas vecinas. .	5
Soriano loco.	33
El oficial de marcha.	57
Los panderos..	95
La función completa.	123
La botillería.	151

UNA Peseta

UNIVERSITY OF N.C. AT CHAPEL HILL
00028461735